

LA CARTERA CUBANA.

OCTUBRE—1840.

SECCION PRIMERA, CIENCIAS.

Constitucion médica precidida de observaciones mete orológicas.

MES de ago.	BAROMETRO Frances.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
	8 de la mañan	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañan	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la noche.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p7	27p72	27p77	82...	85 050	84...	63...	53...	61 50
2	— 77	— 74	— 76	82 50	86 95	84...	65...	57...	63...
3	— 75	— 70	— 75	83...	87...	84 50	62...	51...	59...
4	— 75	— 71	— 76	83 50	87 25	85...	63...	55...	64...
5	— 75	— 71	— 75	84...	88 20	84 50	62 50	56 50	62...
6	— 75	— 72	— 70	83 50	87 35	85 1	60...	53...	59...
7	— 71	— 64	— 68	83 75	87 90	84 50	57...	55...	58 25
8	— 69	— 67	— 70	83 50	84 90	84 75	58...	60 50	58...
9	— 74	— 71	— 74	81...	86 75	81...	56...	57...	64...
10	— 76	— 72	— 75	81 50	86...	84 10	61...	56...	63...
11	— 78	— 74	— 74	82 50	86 20	85...	58...	52...	57...
12	— 72	— 68	— 71	83...	86 30	84 70	60...	57 20	62...
13	— 71	— 65	— 70	83...	86...	84 90	63...	67...	68...
14	— 70	— 67	— 67	83 50	87...	85...	62...	54...	60...
15	— 75	— 70	— 72	82 75	86 90	84...	64...	53...	62...
16	— 72	— 70	— 74	83...	86...	82...	61...	60...	63 50
17	— 74	— 72	— 73	82 10	87 50	84...	64...	55...	61 50
18	— 73	— 69	— 71	83 50	85...	83...	62...	58...	65...
19	— 70	— 65	— 70	82...	84 50	83...	64...	59...	62...
20	— 66	— 64	— 66	81...	83 70	82 25	65...	63...	66...
21	— 65	— 64	— 66	81 25	81 95	82 50	63...	58...	64...
22	— 65	— 62	— 66	81 20	84 20	81 0	62...	58...	66...
23	— 67	— 66	— 70	81 75	85...	84 50	64...	9...	62...
24	— 74	— 73	— 75	81 75	84 25	80...	61...	55...	64...
25	— 75	— 72	— 75	79 20	81 75	81...	66...	53...	5...
26	— 74	— 70	— 71	79 50	83 10	81 25	63...	55...	62...
27	— 70	— 67	— 71	80...	83...	82...	64...	51...	62...
28	— 71	— 67	— 66	80 25	85...	1 90	60...	55...	2 50
29	— 67	— 67	— 66	81 50	86 15	83...	63...	56...	13 50
30	— 68	— 67	— 67	82...	86...	83 75	62...	53...	59...
31	— 70	— 6	— 67	82 25	86 75	84 75	60...	52...	57 50

NUBARRONES.—El 7 á 6 de la tarde, id el 17, y el 18 por la mañana con norte, el 19 á medio día, el 20 casi todo el día y la noche, el 23 con truenos al medio día, id. el 26 sin truenos, todo el 27 y el 20 ocho por la mañana. LLOVISNAS.—El ocho á 11 y media de la mañana, el 12 á 14 de id. insignificantes, el diez y ocho de 12 á 4 de la tarde de cuando en cuando el 21 á 10 y media de la mañana, toda la tarde del 22, el 24 de 3 á 5 de id, el 20 y ocho á la tardecita y el 31 á 9 de la noche. CHUBASCOS.—Fuertes el 14 de ocho á 9 y cuarto de la noche, el 21 á una y media del día con trueno, el 29 á tres y media de la tarde. AGUACEROS.—El ocho á una del día con truenos, fuerte, el 9 de 4 á 5 de la tarde, el 16 de una á 2 de id, el diez y ocho á oraciones el 22 de once á 12 del día con truenos, el 24 de 12 y media á una media id, el 29 de 4 á 5 de la tarde.

ESTADO DE HOSPITALES,

MES DE AGOSTO DE 1840.				
ENFERMEDADES.	S. Felipe y Santiago			S. Franc. de Paula.
	San Ambrosio	Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplejía	0	0	2
	Epilepsia y convulsiones	0	0	0
	Parálisis	0	1	0
	Anginas	2	1	0
	Afectos del corazón	12	0	0
	Hemoptisis	0	0	0
	Bronquitis	64	7	0
	Neumonitis crónicas	10	3	4
	Gastritis agudas con fiebre	69	5	0
	Idem crónicas	8	10	0
	Fiebre intermitente	37	14	0
	Tifo intertropical	95	0	0
	Colitis nerviosas	2	4	2
	Idem diarreicas	13	3	0
	Idem disentericas	7	0	0
	Nefritis simples	20	0	0
	Cistitis crónica	1	0	0
	Metritis	0	0	2
	Obstrucciones	21	4	4
	Peritonitis	6	2	0
	Reumatismos	8	1	0
	Sífilis y dolores osteocópos	128	4	5
	Hidropesías	21	4	1
	Escorbuto	1	0	0
	Viruelas	0	0	0
CIRUGIA.	Oftalmías	42	2	0
	Hernias	2	0	0
	Bubones	39	0	0
	Fimosis y paraquimosis	76	0	0
	Uretritis	35	0	0
	Estrecheces de la uretra	5	0	0
	Hidroceles	0	0	0
	Hemorroides	2	0	0
	Fistulas del ano	4	0	0
	Contusiones	0	1	4
	Heridas de armas blancas	1	12	2
	Idem de fuegos	1	0	0
	Erisipelas	0	1	1
	Tumores simples	5	2	0
	Ulceras y pústulas venéreas	69	7	1
	Idem simples	0	0	0
	Erupciones sarnosas y herp.	23	0	0
TOTALES				
	836	47	203	28

HOSPITALES.

SAN AMBROSIO.

Existencia en 1.º de agosto de 1840	543	}	1379
Entraron en dicho mes.	836		
Se curaron.	756	}	772
Fallecieron.	56		
<hr/>			
Quedaron para 1.º de setiembre	607		
La mortandad estuvo à razon de 2, 64 ⁰⁰ / ₁₀₀ .			

SAN FELIPE Y SANTIAGO.

Existencia en 1.º de agosto de 1840	243	}	533
Entraron en dicho mes.	290		
Se curaron.	226	}	278
Fallecieron.	52		
<hr/>			
Quedaron para 1.º de setiembre.	253		
La mortandad estuvo à razon de 9, 76 $\frac{00}{100}$.			

SAN FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de agosto de 1840	100	}	128
Entraron en dicho mes. :	28		
Se curaron.	10	}	18
Fallecieron.	8		
<hr/>			
Quedaron para 1.º de setiembre	110		
La mortandad estuvo á razon de 6, 25 $\frac{00}{100}$.			

DEDUCCION.

De los datos precedentes y de la práctica de los facultativos de esta ciudad, se deduce, que durante el mes de agosto reinaron las siguientes enfermedades; advirtiéndose, que el orden en que se colacionan, indica su mayor ó menor predominio.

Agosto.

Gastritis agudas.—Id. intermitentes.—Bronquitis.—Reumatismos.—Eriquemias.—En los europeos, el tifo.

OBSERVACIONES PRACTICAS.

Las inflamaciones han presentado este mes una agudeza considerable y desastrosa. Parece que la sequedad de los meses anteriores, el polvo y las aguas repentinas del presente, produjeron una putrefaccion mas considerable que en otras épocas en los millares de insectos que se reproducen y mueren sin cesar en nuestra costa. De aquí la alteracion de la sangre y la pérdida de su coagulabilidad, predominando en ella los principios ácidos. Imbuidos en las doctrinas de Mr. Magendie nos hemos dedicado á las aberturas cadavéricas en el Hospital de S. Felipe y Santiago, y visto que la sangre se hallaba poco ó nada coagulada en los enfermos que habían fallecido á consecuencia de fiebres graves, de hepatitis y encefalitis.

En el público no ha sido menos notable la influencia de la corrupcion atmosférica, contándose casos de anginas gangrenosas, erisipelas de la misma naturaleza, antrax y otras afecciones rápidamente mortales.

Las fiebres intermitentes han ofrecido tambien un carácter singular: el periodo de la pirexia era francamente inflamatorio; pero apenas comenzaba la fiebre á decaer, se enfriaba la cutis, el pulso se ponía pequeño y concentrado y comenzaba el sopor, seguido en muchos casos de la muerte. No hemos visto estos últimos fenómenos en nuestra práctica particular, de suerte que hablamos por lo que nos han referido nuestros compañeros.

Es una desgracia que sentimos, pues hubiéramos estudiado el estado de la sangre durante la vida y abierto los cadáveres caso que no pudiéramos corregir el vicio humoral. Porqué nos apresuramos á decir que estan ofuscados los que solo ven inflamaciones ó debilidades: hay algo mas en la economía animal.

Se han enterrado en el Cementerio general:—

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	165	85
De color.	126	95
Sumas parciales. . . .	291	180
Total general.	471	

FISIOLOGIA.

Estracto de las lecciones orales de Mr. Magendie, en el curso de invierno de principios de 1839, en el colegio de Francia.

DE LOS FENOMENOS VITALES.

SISTEMA NERVIOSO.

La parte de la medicina que va á ocuparnos es una ciencia que está por crear, y la encontramos ahora casi lo mismo que estaba en su cuna: ha atravesado los siglos oscilando de error en error, cuando creía adelantar. Y no porqué hayan faltado hombres de talento, que pocas ciencias los han tenido tan aventajados. El mal viene de las preocupaciones escolásticas y de la infancia en que han permanecido ciertas ramas de los conocimientos humanos, cuya antorcha faltaba á la ciencia de la vida.

Se creía, y nos avergonzamos de confesarlo, todavía creen muchos que no hay nada de comun entre las propiedades de los cuerpos vivos y los de la materia inerte. Quieren explicar la vida por la vida, ó en otros términos lo desconocido por lo desconocido.

Solo cultivando las ciencias positivas se sabrá algo de medicina. Se debe siempre comenzar por el análisis de los fenómenos, y distinguir lo físico de lo vital que presentan. Persuadidos de que nuestras esplicaciones no son positivas sino cuando se refieren á fenómenos físicos, y que erramos ó nos esponemos á errar cuando queremos explicar la vida; nos hemos dedicado hasta ahora á la parte física de nuestras funciones. Nuestra voz ha resonado en el mundo médico; y todo me prueba que estamos en el camino recto y que debemos continuar por él. Se verá con el tiempo surgir descubrimientos fisiológicos y crearse una terapéutica nueva.

La experiencia jamás nos engaña. Así para el estudio del sistema nervioso, como para el de los otros aparatos, seguire-

mos el método experimental; y digo mas, es el único que podemos seguir para adquirir algunos conocimientos de los fenómenos vitales que van á ocuparnos en este semestre.

El estudio del sistema nervioso es inmenso: todo lo abraza, sensibilidad, movimiento, instinto, inteligencia: todo se halla bajo la dependencia ó el influjo de este sistema. Y á pesar de los grandes trabajos que sobre él se han hecho, se sabe aun muy poco. En él es donde mejor pueden estudiarse los fenómenos vitales. Aunque su anatomía no haya dado ninguna luz sobre sus funciones, debemos conocerla sin embargo hasta en sus mas pequeñas minuciosidades, y someterle al microscopio, atacarle con los reactivos y estudiarle á fondo, para que se puedan entender nuestros trabajos.

El sistema nervioso se compone de un centro contenido en la cavidad huesosa céfalo-raquidiana, y de innumerables cordones y filamentos que le enlazan hasta con las mas pequeñas fibras, de tal modo que no es dado tocar ni con la punta de una aguja ninguna de nuestras partes, sin que demos con algun nervio, cuyas conexiones pueden seguirse hasta la masa central.

Un hecho tan sencillo y tan vulgar ha suscitado ideas mas ó menos hipotéticas. Si todo nervio comunica con un centro comun, se ha preguntado, nó si había un punto fijo, sino cuál era el punto preciso de este centro en donde terminaban las sensaciones exteriores del animal y partian sus determinaciones; y cada uno ha inventado su novela. Someteremos esta cuestion á la esperiencia, para determinar si destruyendo un punto dado de la sustancia nerviosa central, quedan abolidas las facultades de sentir y de querer; mas por ahora dejaremos sin resolver este problema.

Que el sistema nervioso intervenga en la mayor parte de los actos de la economía, es otro de los hechos deducidos de su disposicion general; y está tan demostrado, que seria superfluo dar las pruebas. Nadie duda de que sea el asiento principal de toda sensacion, de todo movimiento, y se puede atrevidamente afirmar que preside á todos nuestros actos.

Por poco que se reflexione se verá que el menor movimiento se produce por una serie de movimientos parciales, fundados en los principios mecánicos de mas trascendencia: pa-

lancas, puntos de apoyo, potencias, todo se dispone admirablemente. Lo demostraremos con uno de los ejemplos mas sencillos y comunes. Cójase con la mano un objeto cualquiera, y digaseme: ¿qué función desempeña cada músculo en este movimiento, cuántas fibras toman parte en él, qué grado de fuerza despliega cada una, y qué suma de fuerzas reúnen todas? Tan complicado es el problema, que nadie tratará de conseguir siquiera datos aproximados, y nótese que la cuestión propuesta no se aplica á los agentes musculares, porque ¿qué sería si se tratara tambien de las palancas huesosas, del deslizamiento de las superficies articulares, del juego de las diversas piezas que entran en la composicion de la mano?

Otro hecho tan cierto, aunque menos conocido, es que atacando un nervio, se ataca la función del órgano á que se dirige. Al ver la maravillosa armonia con que las distintas partes de un órgano se ponen en acción para funcionar, no puede menos de preguntarse uno ¿cuál es la influencia que preside á este mecanismo tan maravilloso que acobarda nuestra inteligencia? Con la anatomía microscópica se hallará siempre la intervención del sistema nervioso: sus turbaciones se revelan por la de órganos con quienes á menudo parece estar ligeramente relacionado. Así el terror produce el calofrío, el fastidio el fétido, el pesar las lágrimas. Y sin embargo, ¿qué hay de común en apariencia entre el calor animal, ó las secreciones biliar, urinaria, y las emociones nerviosas? Introdúzcase una finísima aguja por la parte superior y esterna de la órbita, y píquese el nervio lacrimal: las lágrimas al punto caerán gota á gota sobre la mejilla, como si se escaparan de un receptáculo cuya llave se hubiese abierto. Todas las funciones, pues, están sometidas al influjo omnipotente del sistema nervioso, y hasta aquellas en que la física y la química representan el primer papel, no pueden sacudir su yugo sin que la vida disminuya ó se extinga. Sea ejemplo la respiración, por la cual el aire obra químicamente en la sangre: córtese el filete del neumo-gástrico que vá á los pulmones, y la respiración será incompleta, aunque continúen los movimientos de inspiración y espiración, y aunque el oxígeno se reúna con la sangre. ¿Quién no sabe las esperiencias ingeniosas de Legallois, en que veía la fuerza del corazón disminuir según destruía el influjo de la médula?

Otro hecho incontestable es que la falta del influjo nervioso altera profundamente la nutrición. Se verá en el animal vivo que la sección de uno de los nervios del quinto par produce la atrofia, el ablandamiento y la destrucción puriforme de la mitad correspondiente de la cara; en tanto que la otra continúa viviendo sin ofrecer la menor lesión. Por el contrario, una actividad extraordinaria de la nutrición, depende por lo común de un *estado particular* del sistema nervioso, que todavía no está bien apreciado. Hay dos mujeres monstruos en mis salas, que ofrecen en su máximo aquel desarrollo general de todos los órganos que se llama hipertrofia, el cual no puede atribuirse en ellas á ninguna otra causa que á la *acción especial* del sistema nervioso; palabras que marco porque significan la ignorancia en que nos hallamos sobre su naturaleza.

No solo veremos en nuestras lecciones á este sistema influir en los otros órganos, sino también influyéndose á sí mismo: de esta suerte un nervio que aislado es insensible, adquirirá una sensibilidad marcada por sus relaciones con otro. Irrítase el séptimo par, y el animal manifestará dolor mientras el quinto esté intacto; mas córtese este en el cráneo y por mas que se contunda al séptimo, el animal no sentirá. Se verá igualmente que aunque cada sentido reciba su nervio especial, necesita de otro para que funcione con perfección. Córtese el quinto par, y el animal pierde el oído, la vista y el olfato: luego sus nervios propios no desempeñan solos las funciones del sentido que les dá su nombre. Quizás el olfatorio no tiene parte en la función que se le atribuye: lo verificaremos.

No hay, pues, ninguna función, ningún fenómeno en que no topemos con el sistema nervioso; mas por ahora trataremos de establecer algunas proposiciones fundamentales apoyadas en la fisiología. Haremos alguna escursión al dominio de la patología, y á menudo se reconocerá en las enfermedades la mano del experimentador, ó en el hombre que sufre, el animal en quien determinamos á voluntad iguales padecimientos. Un individuo á consecuencia de la hemorragia cerebral pierde cierta facultad. ¿Cuál es el punto ofendido del cerebro? Se responderá en dos palabras sin titubear, y se designará atrevidamente el sitio de la lesión, si en el laboratorio se ha conocido la parte que se debe herir para que iguales fenómenos aparezcan.

¿Y porqué no se ha de tentar conocer las analogías entre el estado del cerebro y ciertas alteraciones de la inteligencia? Que un hombre sano y de índole pacífica, tenga una violenta cólera y espire en medio de su exaltacion estrema; su cerebro ofrecerá la pia-máter inyectada, así como las circunvoluciones de la sustancia cinérea, lo mismo que un loco muerto en el arrebató del furor: la inyeccion es en ambos casos secundaria, pues desconocen la manía los que se la figuran como ocasionando siempre la exaltacion. La mayor parte de los locos estan en general decaídos, taciturnos, en una debilidad general, y solo por accesos, cuando algo exalta sus ideas ó despierta irritantes memorias, se arrebatan y su imaginacion se exaspera. La congestion no es pues la causa de la locura, sino su efecto.

El estudio comparativo del sistema nervioso seria tal vez un medio precioso para llegar á conocer las funciones de ciertos nervios. Tal nervio ó refuerzo se halla en un animal en un estado rudimentario, mientras que en otro ha alcanzado al máximum de su desarrollo. Que se vea entonces en qué difieren estos animales, lo que tiene el uno de mas y el otro de menos: quién sabe si la ausencia ó la presencia de ciertas funciones se halla ligada con estas particularidades anatómicas. Pero es necesario no alucinarse como lo han hecho los señores Oker, Virey y Carus, que han querido ver en todas partes el sistema nervioso, como si fuera tan fácil distinguirle en los animales inferiores: el primero dijo, que el animal no es mas que un *nervio*: el segundo, asimila la sustancia todavía amorfa á la prolífica; y el tercero, imaginó su sistema de polarizacion de la sustancia nerviosa. Mr. Ebnberg, sabio micrógrafo, ha pagado tambien su tributo á las teorías y creído hallar en los infusorios la mayor parte de los órganos que nos constituyen. Ver en un miserable infusorio la miniatura de la organizacion humana, es ser modesto en demasia. Dejemos al infusorio en su lugar.

ANATOMIA DEL SISTEMA NERVIOSO.

Para tener una idea general de ella, se deben escoger los animales que le tienen mas desarrollado, y como los vertebrados estan en la primera linea, se aplicará á ellos y sobre todo

al hombre lo que vamos á decir. La naturaleza ha tomado las precauciones mas minuciosas para alejar de los centros nerviosos las violencias exteriores, haciendo un cráneo abovedado y un ráquis que une á la solidez la movilidad, dispuestos de tal manera que las partes blandas que los cubren los afirman y defienden. La *dura-máter*, esta envoltura protectora del cerebro y de la médula, aísla sus diversas partes y les permite varios movimientos. La aracnoides los cubre por su interior y previene por su humedad las consecuencias de su deslizamiento. Mas por una disposicion anatómica bien notable, su hoja visceral no reviste inmediatamente á los centros nerviosos, como se creía antes de nuestras investigaciones; sino que deja un espacio considerable y que un líquido lubrifica. Este líquido no existe en la misma cavidad de la aracnoides, sino bajo la hoja libre de esta membrana, al rededor del encéfalo y de la médula. Las innumerables láminas de los mejores anatómicos, figuran la médula llenando completamente el ráquis: grave error que destruiremos con las esperiencias. No creémos como Soemmering que aquel líquido tenga una importancia exagerada, pues dá á entender que tal vez constituiría el espíritu vital. No somos sistemáticos.

La anatomía no nos ha dado *à priori* ninguna luz sobre las funciones del sistema nervioso. Sea ejemplo la vision: sabemos los usos de la córnea trasparente, de la coroides, del iris, del cristalino y otros humores: toda la fisica del ojo descansa en la anatomia. Pero así que el rayo luminoso llega á la retina; ¿qué es lo que pasa? Lo ignoramos. Y sabemos con la misma perfeccion la testura del nervio óptico, su union con su congéner, su trayecto y fusion con la masa nerviosa central que es lo que constituye la estructura de la concha del ojo: la diferencia que hay, está en que el problema es complejo. La parte fisica podrá ilustrarse por la anatomía; pero la vital ó nerviosa, de ningun modo.

Sin detenernos en la descripcion del cerebro que todos deben ya saber, me contentaré con destruir la base fundamental del sistema de Gall y de Spurzheim, enseñando un embrión de dos meses y medio, cuyo cerebro dividido no manifiesta sustancia cinérea en ningun punto: aparecerá mas tarde: luego la sustancia cinérea no es la matriz de la blanca como preten-

dian aquellos señores. ¿Cuándo el hijo ha procreado á su madre? Tampoco es original su método descriptivo: remonta hasta Varolio, que fué el primero que emprendió la diseccion minuciosa del cerebro de la base al ápice, y no por simples cortes como antes se ejecutaba. Las hipótesis siempre conducen al error, y así Gall y Spurzheim equivocándose en la produccion de las dos sustancias cerebrales, hicieron una novela al describir los hemisferios como naciendo desde los cordones de la médula que se reforzaban con las varias aglomeraciones de sustancia parda de los cuerpos olivares, de la protuberancia y sus pedúnculos; y al esplicar la formacion de las comisuras por su sistema de fibras *convergentes*.*

La disposicion de las cavidades cerebrales, de las eminencias y de las depresiones, se esplicarán naturalmente observando el desarrollo de la masa cerebral. En los primeros tiempos de la vida intra-uterina, los hemisferios se ven representados por una membrana delgada y doblada sobre sí misma en forma de un gran saco, en cuyo centro existe una vasta cavidad: luego esta membrana se condensa y reviste completamente varias partes que se hallaban hasta entonces al descubierto: aparece el vestigio del cuerpo calloso indicando la separacion del cerebro en dos mitades. La superficie interna del cerebro está entonces continua y sin desigualdad, mas pronto ligeras depresiones y pequeñas salidas principian á bosquejarse á consecuencia de la retraccion de varios puntos de la membrana nerviosa: detengámonos un poco y veremos que se convierten en anfractuosidades y circunvoluciones. En fin, el cuerpo calloso, como el estriado y las capas ópticas, adquieren su total desarrollo, y lo que no era al principio sino una pulpa difluente y homogénea, se convierte en este admirable

* Mr. Magendie se equivoca al creer que el sistema de Gall se cimienta en la produccion de la sustancia blanca por la parda. En el sexto volumen de fisiología de cerebro de este, se esplican los fundamentos de la metáfora; pues sabía tan bien como el crítico, que la medular se formaba antes que la cinérea. Y aunque es verdad que en su entusiasmo, Gall no se detuvo en admitir que los hemisferios nacían de los cordones de la médula, lo que es falso, como Mr. Magendie demuestra con la mayor exactitud mas adelante; tambien veremos luego que este no puede esplicar en otro curso la continuacion de la sensibilidad y del movimiento, sino por el enlace de estas mismas fibras de que tanto se rie ahora y en otras lecciones del actual semestre.

conjunto que constituye el cerebro. Ahora se comprende con facilidad el mecanismo de la formacion de los ventriculos. Son cavidades secundarias, resultantes de la division en muchos compartimentos de la cavidad única constituida por la reflexion de la membrana de los hemisferios, por lo cual todos comunican entre sí. Se prueba que las circunvoluciones son el producto del arrimo y repliegue de la membrana de los hemisferios cuando está dividida en multitud de pliegues, á efecto de la retraccion desigual de su sustancia; tanto por el desarrollo del cerebro, como desplegando las circunvoluciones, pues entonces se vé que su parte central es la menos resistente, y que ligeras tracciones la dividen en dos láminas de diferente espesor, como si estuvieran simplemente justapuestas.

DEL LIQUIDO CEFALO-RAQUIDIANO.

Parece increíble que consistiendo la naturaleza de la materia cerebral en una pulpa friable que sirve de promedio á los sólidos y tejidos semifluidos, se use en nuestros anfiteatros un método tan bárbaro de ponerla al descubierto. El genio de Bichat le abandonó cuando le recomendaba. Otras prácticas igualmente viciosas se han establecido para descubrir el ráquis. De aqui ha nacido la ignorancia sobre la situacion, cantidad y usos del humor céfalo-raquidiano.

Para descubrir el cerebro, se quitará toda la bóveda por una serie de cortes circulares hechos con la sierra, de modo que jamás la dura-máter se lastime. Cuando está descubierta, se llega al liquido sin obstáculo; pero si solo se trata de valuar su cantidad por las dimensiones de los puntos que ocupaba, se debe cortar de un golpe el cráneo y el cerebro, con una sierra grande y muy delgada. En cuanto al ráquis, me sirvo de una fuerte tijera llamada *secator* cuyas ramas son muy largas: introduzco la hoja mas fina bajo la lámina de la vértebra que quiero cortar, y así las voy dividiendo sin que las membranas, ni el liquido, ni la médula se lastimen. Para recoger el liquido, como este existe en puntos que todos comunican entre sí, quito con precaucion las láminas del sacro y de las últimas vértebras lumbares, desprendo y limpio con cuidado la pro-

longacion membranosa de las meninges, especie de saco que durante la vida se opone á su salida, y pongo al cadáver en situacion vertical: colocando una cápsula debajo de la vaina fibrosa, la corto con un bisturi ó unas tijeras, y el liquido corre al instante formando con frecuencia un chorro, siempre que no se hayan perforado antes la dura-máter y la aracnoides. Con solo la última preparacion puede recogerse este humor, cuidando de hacer una pequeña abertura en el cráneo para que se restablezca el equilibrio de la presión atmosférica. Si la preparacion es total, se vé bajar la dura-máter conforme el liquido vá saliendo por la abertura raquidiana. El desalojo de la capa liquida que envuelve el cerebro, será mas aparente cortando la dura-máter sin interesar la hoja visceral de la aracnoides. Si se comprimen ligeramente los hemisferios, saldrán las pequeñas cantidades del liquido que ocupan las circunvoluciones, ó lo que vale mas, se atraviesa la aracnoides con la punta de una pipeta para absorverle y verterle luego en la cápsula antedicha.

El liquido contenido en las cavidades ventriculares sale por un sencillo mecanismo: al deprimirse los hemisferios por el peso de la atmósfera, comprimen el liquido que aquellas cavidades contienen, y le obligan á atravesar las aberturas de Monro y descender al tercer ventriculo. Como este solo tiene una capacidad determinada, el liquido se vé obligado á emigrar de nuevo pasando por el acueducto de Silvio, y de allí al cuarto ventriculo, quien le lanza al *cálamus scriptorius*, de donde descende hasta el vaso que le espera en la estremidad de la médula raquidiana. Si la retraccion de los ventriculos laterales no basta para evacuar la totalidad del liquido, se cortan sus paredes y se absorven con la pipeta hasta sus últimas gotas.

La cantidad así recogida varia por muchas circunstancias que minuciosamente espondremos. Hay una sobre todo que debo desde ahora indicar, porqué embarazaría al que no estuviera prevenido: depende del tiempo que ha corrido entre la autopsia y el instante de la muerte; pues el liquido será tanto mas abundante, cuanto menos se prolongue este intervalo. A las veinte y cuatro horas, ya una parte del liquido ha tenido tiempo de embeberse en las partes vecinas; y á las sesenta, ya no quedan trazas de él. Por ignorar estas particularidades en-

teramente físicas, anatómicos muy distinguidos que hallaban unas veces y otras nó el líquido céfalo-raquidiano, supusieron que era el producto de una exhalacion morbífica ó cadavérica. No debemos hoy admirarnos de que haciéndose autopsias en ciertas epidemias graves, donde la putrefaccion se manifiesta á las dos ó tres horas de la muerte, poco después de ella; se hallen el cráneo y el ráquis llenos del líquido; lo que desconociendo un médico muy distinguido, propuso por esta circunstancia anatómica una teoría sin fundamento sobre la fiebre amarilla.

Si muchas onzas de este líquido se hallan contenidas en la cavidad cérebro-raquidiana, se concibe claramente que no deben llenarla los centros nerviosos, como muchos anatómicos han creído y figurado en sus láminas. Tampoco en el vivo, están los nervios de lo que se llama tan impropiamente *cola de caballo*, aplicados los unos sobre los otros: cada filete sumergido y suspendido se coloca paralelamente sobre los otros, y queda bañado y aislado en la capa que le envuelve: la cantidad del líquido aumenta en las cercanías del sacro, como se prueba quitando una de sus láminas, vaciando el líquido por la puncion, inyectando por la propia abertura cierta cantidad de gelatina liquidada por el calor y aplicando una ligadura hasta que se solide. Hay poco intervalo entre la cara anterior de la médula que concluye en la segunda vértebra lumbar y el ráquis; mas lo contrario sucede en la posterior.

La distribucion del líquido en el cerebro y en el cerebelo es mas complicada: al nivel del agujero occipital, debajo del cerebelo, existe una capa considerable de líquido, que vá disminuyendo segun se eleva por la parte posterior de este órgano para estenderse hasta los tubérculos cuadrigéminos cerca de los cuales hay una gran cantidad que baña la glándula pineal y desde donde se estiende en todas direcciones cubriendo las superficies de los hemisferios cerebrales, lo que se verá patentemente inyectando gelatina coloreada por vermellon. En la base del cráneo, el líquido constituye una gran capa que baña la protuberancia y sus prolongaciones, que separa la arteria basilar de los huesos, y evita así su compresion. Se vé tambien que todos los nervios encefálicos estan cubiertos del líquido hasta que atraviesan los agujeros de la

base: el nervio acústico y el facial nadan en él hasta el fondo del agujero auditivo interno, desde donde quizás comunica por imbibición con el vestibulo.* Los nervios olfatorios, así como el entrecruzamiento de los ópticos y toda la base del cerebro, están también cubiertas del mismo líquido.

Existe, pues, en el cráneo, entre la pia-máter y la hoja visceral de la aracnoides, una capa mas ó menos abundante de líquido que llena todos los vacíos de la sustancia nerviosa. Llamo *confluentes* los puntos donde abunda mas: el mas considerable está debajo y detrás del cerebelo, al nivel del *cálamus scriptorius*: el segundo, entre la glándula pineal, los tubérculos cuadrigéminos, el cerebelo y el cuerpo caloso: el tercero, delante del puente de Varolio, entre los pedúnculos cerebrales: el cuarto, arriba del entrecruzamiento de los ópticos y debajo del tabique del cuarto ventrículo: el quinto y último, es par, y baña á derecha é izquierda el ganglio de Glasser. El líquido penetra en los ventrículos por la escavación angulosa que termina el cuarto de ellos y se limita por la base del *cálamus* hácia adelante, por el *vermis* del cerebelo atrás, y por sus plexus coroides y la válvula de Tarin á los lados: atraviesan esta entrada los filamentos vasculares de la membrana que ha unido al cerebelo y á la médula, retrayéndola alguna vez las arterias cerebelosas inferiores. En el cerebro de una loca hallé del todo obliterada la comunicacion de los ventrículos. ¿Las turbaciones de la inteligencia dependerían de esta circunstancia anatómica? No sería enteramente imposible, si pensamos en los desórdenes que sobrevienen cuando se modifican las propiedades del líquido céfalo-raquidiano, y que con este obstáculo parecen inevitables. El nombre de *acueducto* dado por Silvio á la comunicacion del cuarto con el tercer ventrículo, es tan antiguo como adecuado, y parece indicar que en otros tiempos se tuvieron algunas nociones de la existencia de un líquido en las cavidades cerebrales.

Examinemos ahora el lugar que el líquido ocupa. Por una disposicion particular, que ningun anatómico había señalado, está fuera de la aracnoides. Quitense con precaucion las láminas de las vértebras, y las paredes laterales y superiores

*¿Será este el licor de Cutanni?

del cráneo, para descubrir toda la superficie posterior de la dura-máter cerebral y raquidiana: hágase una pequeña incision en el extremo inferior del saco de las meninges, de modo que solo se interese la membrana fibrosa y la hoja aracnoideal que la tapiza. Al momento se vé salir por la abertura un tumor transparente y fluctuante contenido en una bolsa muy delgada. Este tumor es el liquido que sale por el punto donde halla menos resistencia, y la envoltura es la hoja visceral de la aracnoides que se opone á su salida.

Si se quiere otra prueba, hágase una pequeña puncion á la hernia acuosa de la dura máter, déjese correr el liquido é insúflese por un tubo cuanto aire pueda contener el canal: aplíquese una ligadura por arriba de la perforacion y córtese la dura-máter (que es inseparable de la hoja parietal) en toda su estension cérebro-raquidiana: vuélvanse los colgajos á derecha é izquierda, y se verá levantada la aracnoides y distendida por el aire. Esta operacion es muy delicada, y prueba con toda evidencia que las dimensiones de aquella membrana no estan limitadas al volúmen del encéfalo y de la médula, sino que puede contener á la vez al órgano cérebro-espinal y al liquido en que está sumergido. Este se halla, pues, colocado en el espacio sub-aracnoideo. Todo así nos enseña á estar en guarda contra ciertas ideas filosóficas, cimentadas en lo que tan ambiciosamente nombran *leyes* del organismo los que siguen á Bichat ú otros generalizadores.

Existe durante la vida cierta cantidad de liquido en el canal raquidiano que tiende á escaparse en cuanto halla una salida. Los músculos de la region posterior del cuello de este perro, se han desprendido y está descubierto el intervalo occipito-aracnoideo: abro la dura-máter con la punta de un fino bisturí, y sale á chorros sacudidos un licor claro que á pocos segundos se detiene. El animal vacila segun el liquido vá saliendo, y luego cae atontado é inmoble. Verémos en la próxima leccion lo que ha sucedido: probablemente el liquido se habrá reproducido, cicatrizándose la herida de las meninges.

NOTA. — Hemos determinado poner alternativamente en esta obra las últimas lecciones de Mr. Magendie sobre las alteraciones de la sangre, y funciones y enfermedades del sistema nervioso, para tener á los médicos al nivel de los conocimientos actuales.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

Versos de lord Byron.

Repasando la traduccion francesa de las obras completas de este grande hombre, no hemos podido sustraernos al afan que experimentábamos de poner en castellano alguna de sus poesias, ya que no en sonoros versos, al menos copiando sus altas ideas ó horrascosos sentimientos, con la posible fidelidad, en prosa clara y fluida. Escogimos la siguiente composicion por ser dirigida á la única mujer que parece haber amado con verdadero afecto el noble lord, á lady Chaworth, casada después con Muster, en cuya sazon fué escrita, pintandola á ella como origen de todos sus males por no haberle pertenecido. El creia firmemente que su destino hubiera sido muy otro, á no frustrarse su mas ardorosa é inolvidable pasion, como para desgracia suya se frustró por culpa de su amada, que se casó con otro; pesadumbre que en él no desvaneció su vida disipada.

A MISTRESS MUSTER.

«¡Ah! si mi destino se hubiese unido al tuyo como en otro tiempo parecía asegurarlo esta prenda, semejantes locuras no me habrían tentado jamás, porque nada pudiera turbar la paz de mi corazón.

«A ti es á quien debo las faltas de mi juventud: á ti es á quien debo los cargos que me dirigen los sabios y los ancianos; ellos conocen mis extravíos, pero no saben que tú eres la que has roto el lazo de nuestro amor.

«Hubo un tiempo en que mi alma fué pura como la tuya, y capaz de ahogar todos sus nacientes ardores; pero ya hoy violaste tus promesas, y se las hiciste á otro.

«Tal vez podría destruir su reposo y corromper la dicha que le aguarda.... Goce, empero, mi rival de su felicidad; por el amor que te tengo no puedo odiarle.

«¡Ah! puesto que tu belleza de ángel no existe ya para ser mía, mi corazón tampoco puede entregarse á otra; y lo que él buscaba solo contigo, trata de hallarlo con muchas.

«A Dios, pues, mujer falaz: bien inútil fuera el sentirte; ni la esperanza, ni los recuerdos pueden nada sobre mí; pero el orgullo me enseñará á olvidarte.

«Entretanto, to lo este gasto loco de años, esta vuelta monótona de los mismos placeres, estos nuevos amores, estos terrores de un amante, estos versos consagrados á las inspiraciones de la galantería:

«Nada de esto hubiera existido, si tú me pertenecieses: este rostro pálido de una disolución precoz, jamás se enrojeciera en el delirio de una pasión culpable; antes bien se hubiera animado con los mas puros colores de la dicha doméstica.

«Si; en otro tiempo el campo me gustaba, porque la naturaleza parecía sonreír á tu presencia; mi corazón en otro tiempo aborrecía la inconstancia, porque no latía sino para adorarte á ti sola.

«Ahora busco otros placeres: el pensar en tí sepulta mi alma en la demencia; en estas locas reuniones, entre este rui-

do, en medio del vacío, venzo á medias la tristeza de mi corazón.

«¡Y bien! todavía así, á despecho de tantos y tan vanos esfuerzos, viene á sorprenderme una idea de doler; y los demonios tendrían compasión de mí, cuando me digo á mi mismo que te he perdido para siempre.»

Signor Formica.

El célebre pintor Salvator Rosa viene á Roma y se vé atacado de una grave enfermedad. Lo que por esta causa le sucede.

Por lo común dicen, con razón ó sin ella, muchas cosas malas de las personas célebres, y esto sucedió también al célebre Salvator Rosa, autor de aquellos cuadros llenos de vida y cuyo aspecto, amigo lector, te ha penetrado sin duda de un placer indefinible.

Cuando la reputación de Salvator se hallaba establecida en Nápoles, en Roma, en Toscana y se propagaba por toda la Italia hasta el punto de tener los otros pintores para agradar al público que imitar su extraordinario estilo; entonces, la malignidad, la envidia, trabajaban difundiendo cuentos horrorosos, para oscurecer odiosamente la gloriosa fama de aquel artista. Pretendían que Salvator en otra época de su vida, había hecho parte de una banda de saltadores; y que se debía atribuir á esta infame asociación, las figuras siniestras y salvajes, los vestidos fantásticos, trazados por su pincel, así como la perfección de sus paisajes, fieles retratos de los sombríos y horribles desiertos de las *Selve Selvaggie* del Dante, que debieron servirle de guarida; pero el cargo peor que le imputaban era el haber tomado parte en la horrorosa conspiración tramada en Nápoles por el famoso Mas' Aniello. Nada omitieron en apoyo de la acusación, y he aquí lo que decían sobre este particular.

Aniello Falconi era un pintor de batallas, uno de los mejores maestros de Salvator, y al que el asesinato de un pariente suyo, muerto en un tumulto por los soldados españoles, llenó de furor y de un deseo desenfrenado de venganza. Bien pronto reunió una banda de jóvenes resueltos, la mayor parte pintores, á quienes proporcionó armas, y llamó la *Compañía de la Muerte*.—En efecto, esta tropa justificó su nombre terrible, esparciendo el horror y el espanto, recorriendo la ciudad de Nápoles, y matando sin piedad á todos los españoles que encontraba. Hasta los desgraciados que buscaban en los asilos sagrados un refugio contra la muerte, se veían perseguidos allí por sus implacables enemigos, y eran inhumanamente degollados.

Durante la noche, estos jóvenes se reunían en casa de su jefe, el feroz y cruel Mas'Aniello, á quien retrataban á la roja luz de las antorchas; de suerte que en poco tiempo sus retratos circularon á centenares por Nápoles y sus alrededores.

Decían, pues, que Salvator Rosa había tomado parte en esta obra sanguinaria, y que era no menos ardiente en la mantanza del día, que asiduo en el trabajo de la noche.

Un célebre crítico, creo que Taillasson, aprecia bien nuestro maestro, diciendo: «Sus obras tienen un carácter de áspera «fuerza en las ideas, y de extraña energía en la ejecución. «La naturaleza no se le revela en la amenidad de las verdes «praderas, de los campos esmaltados de flores, de los bosque- «cillos olorosos, de las fuentes murmuradoras; pero sí en el «espantoso espectáculo de las gigantescas rocas confusamente «amontonadas, ó de las escarpadas riberas del mar, ó de las «florestas salvajes é inhospitalarias: no es el blando estremecimiento de las hojas, ni el quejoso canto del aire de la noche; es el estrépito de la catarata, cuya voz le conmueve. Contemplando sus áridos desiertos y el extraño talante de los hombres que ha pintado vagando acá y allá, solos ó en partidas; le asaltan á uno fúnebres pensamientos. Aquí, se dice «uno á sí mismo, se cometió un horrible asesinato: allá se lanzó el cadáver ensangrentado al precipicio....»

Aunque todo esto sea cierto, aunque el mismo Taillasson tenga fundamento para decir que el Platon de Salvator y hasta su san Juan, anunciando en el desierto el nacimiento del Sal-

vador tengan cierto airecillo de bandoleros, aunque la crítica fuera justa, no lo sería el juzgar al autor por sus obras, y creer que el que ha dotado de vida á imágenes salvajes y terribles, debe ser también un hombre terrible y salvaje. Aquel cuya espada ha alcanzado mas victorias, no es con frecuencia el mas diestro en manejarla, y mas de un corazon virtuoso concibe en el fondo de su alma toda la atrocidad del crimen mas horrendo, y puede espresarla con su pluma, su pincel ó su palabra.

Así no creo de ningun modo en las ofensivas narraciones que pintan á nuestro valiente Salvator como un bandido disoluto y como un asesino; y deseo de todo corazon, lector amable, que abundes en mis sentimientos; pues de otra suerte temería que acogieras con desconfianza lo que de nuestro maestro voy á contarte. Porqué el Salvator de mi historia me imagino que ha de parecerte bullicioso y enérgico, mas dotado de un carácter franco y generoso, y capaz en las ocasiones de dominar la ironía amarga que engendra en todos los hombres dotados de un espíritu profundo, la esperiencia de nuestra miserable condicion. Por otra parte, está bien averiguado que Salvator era tan buen poeta y músico, como buen pintor. ¡Triplicada gloria, refraccion magnífica de su ingenio sublimado! Lo repito, lejos de creer que Salvator fuese cómplice en las sangrientas fechorias de Mas'Aniello, pienso al contrario que el espanto de esta época de terror le hizo abandonar á Nápoles y pasar á Roma, adonde llegó como un pobre fugitivo y desprovisto de todo, al mismo tiempo que caía Mas'Aniello.

Sencillamente vestido, con una pobre bolsa que solo contenia dos pálidos sequies, esperó á que entrara la noche para deslizarse en la ciudad; y sin encubrirse de nadie, llegó á la plaza Navona, donde en mejores dias habitaba una hermosa casa vecina del palacio Pamfili. Miró con amargura reflejar centelleando como relámpagos los rayos de la luna en sus grandes ventanas y limpios cristales.—«¡Hum!» dijo sordamente, «mucho tela y colores he de consumir antes de que reponga allá arriba mi taller.» Mas de repente sintió un estremecimiento doloroso en todos sus miembros, y que se abatía y desanimaba como jamás le había acontecido.—«¡Y meserá posible,» murmuró entre dientes, [dejándose caer sobre

las gradas de piedra del palacio, «pintar bastante tela al gusto de los tontos?... ¡Ah! esto me saca de mis casillas.»

El viento frío y penetrante de la noche que silbaba por las calles, hizo que Salvator conociera la necesidad de buscarse una choza. Se levantó con pena, llegó al Corso vacilando, se encaminó por la calle Bergognona, y allí se detuvo delante de una casita de solo de dos ventanas de frente, donde vivía una viuda con sus dos hijas, la cual le había hospedado por poca cosa cuando vino á Roma la vez primera, desconocido y sin crédito; lo que le hacía esperar que encontraría un asilo adecuado á su presente situación.

Lleno de confianza tocó á la puerta, repitiendo muchas veces su nombre, hasta que al fin oyó á la vieja, penosamente despertada, dirigirse arrastrando su chancleta hasta la ventana, desde la cual comenzó á maldecir al pillo que la turbaba en medio de la noche, jurando que su casa no era una posada. Hubo muchos dimes y diretes, hasta que reconoció en la voz á su antiguo inquilino; y cuando Salvator le refirió en acento lastimero el modo con que se había salvado de Nápoles, y que no sabía adonde hospedarse en Roma:

—«¡Ah! exclamó la vieja, por Cristo y todos los santos, ¿es usted, señor Salvator? ¡Qué bueno! Su cuartito alto que cae al patio, está todavía desocupado y las hojas de la higuera llegan hasta la ventana, de modo que podrá usted descansar y trabajar como sombreado de una risueña y fresca glorieta. ¡Qué gusto van á tener mis hijas con la vuelta de usted, señor Salvator! ¿Sabe usted que Margarita está muy grande y muy linda? Ya no la mecerá usted en sus piernas. ¡Y la pobre gatica que usted quería tanto!... se murió hace dos años por una espina atravesada en el gazonate. ¡Ay, Dios mío! todos hemos de morir. A propósito; ¿se acuerda usted de aquella vecina gruesa de que siempre se burlaba y que usted pintó tantas veces tan chuscamente? Pues bien, ¿creerá usted que se ha casado con aquel jóven...? el señor Luis? Ah! *nozze e magistrati, sono da dio destinati*.»

—Pero, dijo Salvator interrumpiendo á la vieja, mi señora Catalina, déjeme usted entrar por todos los santos del cielo, y

*Casamiento y mortaja, del cielo baja.

luego me contará usted la historia de sus hijas, de la gatica y de la gordiflona de su vecina. Me muero de frío y de cansancio.

—Oh! qué impaciencia! dijo la vieja: *chi va piano va sano, chi va presto more presto*:* pero usted está cansado y se muere de frío. Aprisa; ¡las llaves! corran con las llaves.

A pesar de esto, fué necesario que la vieja despertara á sus hijas, luego que encendiera luz, lo que no deja de ocupar tiempo á una anciana, y en fin que bajase á abrir la puerta al pobre Salvator; pero apenas este pasó el quicio, cuando cayó de laxitud y agotamiento. Afortunadamente, el hijo de la viuda, que por lo comun se quedaba en el Tivoli, estaba en casa y levantó al enfermo, cediendo con gusto su cama al amigo de su familia.

La vieja quería con extremo á Salvator, á quien en cuanto á su arte le creía superior á todos los pintores del mundo, encantándole hasta sus menores movimientos; así la triste situación del artista le trastornó el sentido, y quería correr en el acto al vecino convento á llamar su confesor para que combatiera al espíritu malo con los cirios benditos ú otro medio eficaz. El hijo, por el contrario, era de parecer que quizás valdría mas llamar un buen médico; y corrió al momento á la plaza de España, donde estaba cierto de que vivía el célebre doctor Splendiano Accoramboni, quien apenas supo que el pintor Salvator Rosa yacía enfermo en la calle Bergognona, fué apresuradamente á asistirle.

Salvator estaba sin sentido, y en el paroxismo de la fiebre. La vieja había colgado á la cabecera de la cama dos imágenes de santos, y rogaba con fervor. Las jóvenes deshechas en llanto se esforzaban, de tiempo en tiempo, en hacer tragar al enfermo algunas gotas de la refrigerante limonada que habían preparado, mientras el hijo sentado á su cabecera enjugaba el frío sudor de su frente. Había amanecido ya, cuando la puerta se abrió con estrépito, y el célebre doctor Splendiano Accoramboni entró en el cuarto.

Si Salvator no hubiera estado en peligro de muerte, y si por esta causa no todo permaneciera lleno de ansiedad en su rededor, sin duda que las dos jóvenes, alegres y juguetonas

*Anda despacio que estoy de prisa.

de suyo, hubieran soltado la carcajada al ver la singular figura del doctor; pero en esta ocasion se retiraron timidamente y con pesar, á un lado.

No estará demás describir el aire del hombrecillo que entró al amanecer en casa de la señora Catalina, calle de Bergognona.

A pesar de todas las disposiciones para adquirir la altura mas perfecta, el señor doctor Splendiano Accoramboni, no habia podido alcanzar la talla magestuosa de cuatro piés. En su infancia, sin embargo, la estructura de sus miembros ofrecia las proporciones mas elegantes, y mientras su cabeza, que desde el origen fué algo deforme, no adquirió un volúmen desmesurado, gracias á sus enormes mejillas y á una prodigiosa barba doble, y mientras que su nariz no tomó demasiada robustez transversal, á consecuencia del uso superabundante del tabaco de España, y antes que su vientrecito no se hiciera prominente en demasia, á causa del pasto del *macaroni*; el vestido de abad que llevaba entonces, le asentaba á las mil maravillas; y con razon se podía tenerle por la graciosa miniatura de un hombre: así las señoras romanas le llamaban *caro pupazetto*, muñequito amado. Es cierto que la espresion habia ya caído en desuso, y un pintor aleman decia con verdad, al ver al doctor Splendiano Accoramboni atravesar la plaza de España, — que parecia que un tuno de seis piés y de fuerza proporcional á su tamaño, habia por maldad lanzado su cabeza justamente sobre el cuerpo de un titere de saltimbanquis, obligándole después á llevarla como si fuese la suya propia.

Tan deteriorada y truhanesca figura estaba envuelta en una tira desproporcionada de damasco de Venecia con grandes dibujos, á guisa de bata: debajo del pecho se abrochaba un cinturon de cuero, del que colgaba un espadon de tres varas de largo; y sobre su peluca, blanca como la nieve, sobresalía un bonete alto y puntiaguado, bastante parecido al obelisco de San Pedro; pero como la susodicha peluca semejante á un tejido embrollado y enmarañado le bajaba hasta la cintura, podia en cierto modo pasar por el capullo que sirviera de sepultura á este hermoso gusano de seda.

El insigne Splendiano Accoramboni miró primero al través de sus grandes espejuelos resplandecientes, al enfermo;

después á la señora Catalina, y llevando aparte á la vieja, le dijo en voz baja:

—He ahí al valiente pintor Salvator Rosa mortalmente enfermo en esta casa.—Dígame usted, ¿desde cuándo está en ella? Ha traído muchos cuadros grandes y bellos?

—¡Ah! mi querido doctor, replicó la señora Catalina, esta noche fué cuándo mi pobre hijo entró aquí; y en cuanto á los cuadros, no sé nada todavía; pero abajo hay una gran caja, de la cual Salvator me recomendó tuviese mucho cuidado, antes de perder el conocimiento: tal vez contiene algun bonito cuadro que habrá pintado en Nápoles.

Esta era una mentira de la señora Catalina; mas pronto sabremos cuán justas razones tenía para engañar al señor doctor.

—«¡Ah...!» exclamó él sonriéndose y acariciándose la barba: luego se aproximó al enfermo con el aire mas grave que le era posible tomar con su larga tizona que se enganchaba en las sillas y en las mesas, le cogió la mano y tomó el pulso soplando y aspirando de un modo capaz de llamar la atención en medio del silencio profundo y religioso que nadie era osado á interrumpir. Enumeró en seguida con sus términos griegos y latinos, ciento veinte enfermedades que ciertamente no tenía Salvator: después, casi otras tantas que le hubieran podido dar, y concluyó diciendo que le era en verdad imposible designar con exactitud en aquel momento la enfermedad de Salvator, pero que no tardaría en hallarle un nombre adecuado, así como los remedios convenientes para curarle. Entonces se retiró con tanta gravedad como había venido, dejándolos á todos inquietos y angustiados.

Cuando bajaron, el doctor quiso ver la caja de Salvator. La señora Catalina le enseñó una donde tenía algunas capas y calcetas viejas de su difunto marido. El doctor recorrió con la mano y sonriéndose toda la superficie de la caja, y dijo con aire satisfecho:—«Veremos, veremos.»

Pasadas algunas horas volvió trayendo un bellissimo nombre para la enfermedad de Salvator, y muchos frascos grandes llenos de una bebida nausebunda que ordenó administrar sin descanso al enfermo; cosa que costó algun trabajo, pues la medicina, que parecía sacada del fondo de la Estigia, excitaba una repugnancia y aversion horribles al pintor. Pero sea que

su enfermedad después de nombrarla Splendiano, existiendo realmente, llegase á su período mas agudo, ó que la pocion trabajase con demasiada violencia sus entrañas, lo cierto es que el pobre Salvator se postraba mas y mas de día en día y de hora en hora, y á pesar de las seguridades del doctor Accoramboni que pretendía que después de agotar sus fuerzas vitales daría á la máquina como á la péndula de un reloj el impulso de un movimiento mas activo; todos desesperaban del restablecimiento de Salvator, y sospechaban que el Esculapio había tal vez dado ya un impulso tan fuerte á la péndula que estaba enteramente rota.

Hallándose Salvator un día en un estado tan lastimoso que apenas podía mover uno de sus miembros, le atacó de repente una fiebre abrasadora que le dió fuerzas para levantarse de su cama, coger los vasos llenos del odioso brebaje y lanzarlos con furor por la ventana. En aquel momento iba á entrar en la casa el doctor Splendiano Accoramboni, y estrellándose los frascos en su cabeza, corrió el negro licor por su peluca, rostro y gorguera: al instante se precipitó en la casa gritando como un endemoniado:

—«¡El señor Salvator se ha vuelto loco; ha caído en frenesi! No hay arte que pueda salvarle, y morirá antes de diez minutos. ¡Venga el cuadro, señora Catalina! me pertenece. Es la menor paga que puede dárseme!... Venga el cuadro, repito!»

Pero cuando la señora Catalina abrió el cofre y el doctor Splendiano vió las viejas capas y calcetas, sus ojos giraron en su órbita como un par de ruedas flameantes; dió patadas, crugió los dientes y enviando al pobre Salvator, á la viuda, á la casa entera, y á las calcetas de contra, á todos los diablos del infierno; se escapó con la viveza de una varilla lanzada de la boca de un cañon.

Después de los arrebatos de su acceso febril, cayó Salvator en un abatimiento casi letárgico, por lo que creyendo la señora Catalina que su última hora era llegada, se apresuró á ir á buscar al convento al padre Bonifacio para que administrara la Estrema-uncion al moribundo. Mas el padre Bonifacio, familiarizado con los rasgos característicos que imprime en la cara del hombre la aproximacion de la muerte, apenas vió al enfermo, reconoció que ningun sintoma la revelaba to-

davía en el síncope de Salvator, y que aun podría confiarse en los socorros que prometía aplicarle al punto, si se comprometían á no dejar que el señor doctor Splendiano Accoramboni con sus nombres griegos y botellas infernales, volviera á pasar el quicio de la puerta.

El buen padre salió al momento, y vamos á ver el resultado de su promesa.

Cuando Salvator volvió en su acuerdo, le pareció que estaba acostado en un bosque odorífero, porque arriba de su cabeza se entrelazaban ramas y hojas verdes, y no sufría ya; pues solo su brazo izquierdo se hallaba entorpecido y como encadenado.

—«¿En donde estoy?» preguntó con voz debilitada. Entonces un jóven de bella presencia que estaba delante de su lecho, y á quien no había apercibido aun, se arrojó de rodillas, le tomó la mano diestra, la besó bañandola en ardientes lágrimas, y exclamó de repente:

—«¡Oh, mi digno señor! oh, mi gran maestro! todo va bien ahora! Usted está salvado...! Usted está salvado!»

—«Pero dígame usted.» replicó Salvator; mas el jóven le interrumpió suplicándole no se fatigara hablando en su decaída situacion, y ofreciendo contarle lo que había sucedido.

—«Sí, le dijo, mi amado gran maestro, usted estaba muy grave cuando llegó de Nápoles, pero no en peligro de muerte; y remedios sencillos, administrados en tiempo y ayudados de su naturaleza vigorosa, le hubieran curado en pocos dias sin la torpeza de Cárlos, el cual con la mejor intencion, corrió al instante en busca del médico mas cercano, y cayó usted en las garras de ese maldito doctor Pirámide, quien á fé mia, tomaba todas las medidas necesarias para despacharle al otro mundo.

—¿Qué, exclamó Salvator sonriéndose á carcajadas á pésar de su debilidad, qué dice usted del doctor Pirámide?... Si, si! por grave que estuviere, he visto ese redrojo de hombre envuelto en damasco, que me condenó á beber ese infame brebaje del infierno. Llevaba sobre su cabeza el obelisco de la plaza de San Pedro, y por eso le llama usted el doctor Pirámide.

—¡Dios mío!... dijo el jóven reventando de risa, ¿con que el doctor Splendiano se le apareció á usted con su gorro de dormir, como se le vé todos los dias al amanecer resplandeciendo

en su ventana que cae á la plaza de España, semejante á un meteoro de mal agüero?—Pero no crea usted que á causa de su bonete le llamen el doctor Pirámide; hay otra razon mas poderosa.—El doctor Splendiano, es sumamente aficionado á los cuadros, y posee una selecta coleccion que ha conseguido con un método muy particular. Tiende lazos á los pintores y abusa de la enfermedad contra el enfermo, siendo los artistas extranjeros el blanco principal de su celo malicioso. Aunque hayan comido solo dos pulgaradas mas de maccaroni ó bebido un vaso de vino de Siracusa mas de lo regular, sabe cebarlos en sus redes, darles esta ó aquella enfermedad que bautiza con un nombre prodigioso, y luego los asiste y cura de punta y tajo. Se hace prometer un cuadro por la curacion, y con frecuencia le recoge de la herencia del pobre pintor extranjero, que como todos saben, se entierra en la Pirámide de Cestius; pues solo los temperamentos sólidos y caprichudos resisten á sus remedios corroborantes. El recinto fúnebre que rodea la Pirámide de Cestius, es el campo que diligentemente siembra y cultiva el doctor Splendiano Accoramboni, y por esto le llaman el *doctor Pirámide*. La señora Catalina, con la mejor intencion le habia por desgracia dado á entender que traia usted de Roma un soberbio cuadro.... piense usted ahora con qué celo le prepararia sus brebajes. Por fortuna, en el delirio de la fiebre arrojó usted á la cabeza del doctor todas las botellas; por mas dicha el le abandonó en su cólera, y para mayor ventura, la señora Catalina llamó al padre Bonifacio para administrar á usted los sacramentos, pues le creia moribundo. Este, que entiende algo de medicina, conoció su estado y me fué á buscar....

—¡De modo que usted tambien es médico...! exclamó Salvator en voz baja y dolorosa.

—No, respondió el jóven enrojeciéndose todo, no, mi gran maestro; no soy médico al estilo del señor Splendiano Accoramboni, soy.... cirujano. Le he sangrado, subido á su antigua morada, y con remedios sencillos que el padre Bonifacio prepara, le he salvado.

Entonces entró la señora Catalina con el padre Bonifacio, el cual dió á Salvator una bebida que le asentó mas que el licor aquerónico del doctor Pirámide Splendiano Accoramboni.

HOFFMANN.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MEMORIAS DE UN CALESERO.

La vida privada de los hombres, vista en sus pormenores mas intimos y domésticos, es decir, cuando apartados del aparato teatral se ofrecen al desnudo y sin el ropaje mentiroso con que suelen cubrirse en el mundo; es sin duda un cuadro de estudio digno de preferencia para los que se proponen conocerlos, deslindar lo que les viene de la naturaleza y es nacido del carácter propio, de lo que toman de las instituciones sociales y se les allega por el deseo, muchas veces ambicioso, de ser reputados por otra cosa de lo que realmente son. De allí deriva que el ramo de literatura que tiene por objeto las biografías y memorias de los hombres mas ó menos célebres, cuya fama es á veces una reprension para su posteridad, haya sido profusamente cultivado en estos últimos tiempos, ricos y felices por mas que clamen algunos mal contentos.

Tocado por este contagio universal, ó vencido por el poder de la moda dominante, voy yo tambien á ensayarme en este género; pero ¡bajo qué pobres auspicios! Triste empeño por cierto delinear un carácter de semejante tosquedad, que tanto resiste á la pintura. Un calesero, ¿quién no lo sabe? es como si dijéramos un ser aparte y de distinta especie, el últi-

mo término de la escala social, el eslabon de la cadena que separa al gimio del hombre: el traviero Mefistofeles que se mezcla y es como el confidente obligado en sus amores, correrías é intrigas de todas clases.

Mi tarea, sin embargo, no es difícil: escribo bajo dictado ajeno, y mi único trabajo se reduce solo por esta vez á reunir y coordinar las esparcidas notas de mi libro. Domingo, el criado del procurador mi antiguo amigo y honrado mentor de mis primeros años, en cuya casa y bajo cuya vigilancia fui yo puesto en este dedalo de la capital; será tambien el héroe de mi historia. Y si no pareciere un Alejandro, un César ó un Trajano, tampoco me tengo yo por un Plutarco, y guardada justa proporcion no se dirá que el personaje excede á la medida del biógrafo. La vida de Domingo el calesero, tal como es, no será enteramente perdida si puede ofrecer alguna leccion útil para mejorar la nuestra.

Separado de mi familia en mis primeros años, y saliendo de un pueblo apartado del interior para venir á la capital, mis costumbres sencillas y sin cultura debian necesariamente chocar con el artificio y refinamiento de las que aquí reinaban. En contraste perpetuo con todo cuanto me rodeaba, por mi porte y mis modales, huia de los que se burlaban de mí y aclamaba por un ser compasivo que en mi solitario aislamiento comprendiese mi situacion y se apiadase de mis cuitas. El excesivo respeto que el carácter de mi tutor me inspiraba, y la naturaleza de sus tareas, me alejaban del pensamiento de hallar en él ese ser ideal que yo buscaba. Su esposa era su tirano, y no podia dejar de serlo mio: su hija, burlona y traviesa, era demasiado niña para interesarse por mi suerte, y muy ligera para llegar á comprender mis sufrimientos; y sus escribas, torpes y corrompidos, no podian inspirarme confianza. Unicamente quedaba Domingo, que antes que yo habia experimentado la amargura del desprecio, y cuyo corazon naturalmente compasivo se abria á las desgracias ajenas, como era insensible á las propias.

Fui poco á poco ganándome su amistad, y tuve en recompensa de la preferencia que le di, un cariño sin limites de su parte; cariño que me conservó hasta su muerte, que mas de una vez me fué muy útil, y cuya memoria me es grato ahora

recordar. Pagado de mi candorosa sinceridad, compartiendo conmigo mis pesares en sus frecuentes conversaciones, procuraba reanimar mi valor decaído cuando hecho juguete de los otros iba á buscar en su amistad el único consuelo que me quedaba: y ofreciéndose él mismo como ejemplo de lo que alcanza una incontrastable serenidad, me exhortaba á hacer frente serena á la adversa fortuna, como el medio mas cierto de vencerla.

Tenia por máxima que á la suerte se le debe tratar poco mas ó menos como á la salud; es decir, gozarla cuando es buena, sobrellevarla cuando es mala, y no apelar á remedios extremos sino en casos de urgente necesidad. El peor de los males es sin duda el de la desesperacion; y así como pocos hay que conozcan á fondo cuanto es el poder de la voluntad cuando es firme y persistente, son menos tambien los que sepan lo que acierta á alcanzar el sufrimiento. Y luego añadía: el que hoy burla, mañana puede ser burlado; el torpe campesino, el modesto provincial, muy pronto se convierten en cultos ciudadanos, y quién sabe si acaso tras del telen que hoy cubre vuestro destino se ocultará una vida llena de prosperidad y de ventura. Yo tambien, aun el triste escalon en que me encuentro, he reido á mis anchas de los que me mofaban, y mas de una altanera vanidad ha tenido alguna vez que humillarse á mis piés: tan imperceptible, fina y delicada es la cadena que liga á los hombres en el mundo, que á pesar de hallarse en los extremos mas opuestos y apartados entre sí por una larga serie de intermedios, á veces y sin esfuerzos de su parte se mezclan, chocan y confunden.

Los que á merced de la distancia á que se les contempla parecen grandes y extraordinarios, suelen quedar reducidos á sus proporciones naturales y no son sino hombres como los otros cuando se les mira de menos lejanía. El héroe no siempre lo es para su ayuda de cámara, y la virtud de la casta vestal perdería algunos quilates de su valor, si su biógrafo consultase alguna vez con su criada de mano, ó si el público estuviese mas interiorizado en las misteriosas conferencias del retrete. Se cuenta de no sé qué region del mundo en donde se produce un árbol prodigioso, cuya sombra nos cura de la embriaguez: la que nos viene en la sociedad de ese prestigio de gloria y de venera-

cion con que á veces quiere divinizarse á ciertos personajes, encontraría su antidoto mas eficaz en un considerable número de ocasiones, con solo abreviar las distancias y aproximarse á mirar el objeto mas de cerca. Este cobra entonces su forma natural y nos sucede como con la pintura de perspectiva: que lo que antes nos había arrebatado como un modelo de la perfeccion del arte, no pasa de ser un mal bosquejado borron, hecho únicamente para lucir á gran distancia. Lo he dicho ya: para juzgar al hombre y conocerle tal cual es, fuera preciso estudiarle cuando saliendo de la escena y entrando en el orden doméstico, se olvida del papel que le toca representar en este mundo para entregarse sin reserva á su natural. Entonces no se domina, ni se oculta, y menos comprimido, menos cómico, es mas fácil de penetrar su carácter y descubrir la indole de sus inclinaciones en el mas indiferente y pequeño de sus actos: poco mas á menos como para saber la verdadera direccion del viento echamos una ligera pluma, en vez de arrojar plomo, ó algun otro cuerpo pesado. Y tales precisamente el privilegio de los de mi clase, me decia frecuentemente Domingo, y aquel de que mayores provechos pudiera tal vez sobrevenirnos, si supiésemos utilizarle como es debido, y haciendo menos ostentaciones del triunfo y mas fructuosa nuestra privanza, no nos hinchase la vanidad y nos precipitase en nuestra ruina.

Pero todo es tentacion en este mundo, y como después de los brillantes y las perlas, nada es mas raro que la discrecion y el discernimiento, no hay porqué admirarse si á veces nos falta el equilibrio, y abusando del privilegio y saliendo evidentemente de nuestro lugar, olvidamos nuestra condicion para tomar aires mas altaneros y vengarnos de la larga humillacion en que por nuestro estado nos hallamos constituido. En el goce absoluto de un favoritismo, que siempre fué resvaladizo y peligroso, caemos á veces sin remedio; y qué mucho es que flacos y miserables nos toque á nosotros la misma suerte que tantos otros, que pasan por grandes en la tierra, tampoco pudieron evitar: parece que esa es la condicion prefija á toda privanza humana, ser poco duradera y perecer casi tan prontamente como se ha formado; y al cabo no es de lo peor verse en esta parte nivelado con los ministros y magnates, y andar á la par algunas veces hasta con los mismos reyes.

Mas siendo el principal objeto de este articulo el ofrecer una idea de la vida y los hechos mas notables del pobre Domingo en su oficio de calesero, dándole á conocer por si mismo en su verdadera fisonomia, y tal como él se pintaba en las diferentes conversaciones que tuvo conmigo; me será licito, poniendo ya término á toda reflexion ulterior, extractar de mis apuntes cuanto diga relacion con este fin, trasladando aquí sus propios pensamientos y haciéndole hablar como si viviera.

—Yo he nacido como todos los que vienen á este mundo, me ha dicho mil veces, en la mas perfecta ignorancia del destino miserable ó feliz que me estaba reservado llenar; y mi constitucion vigorosa y robusta, y mi carácter indiferente y tranquilo me sirvieron maravillosamente bien para no ocuparme por entonces de mi suerte presente y futura. Mi madre era la esclava, casi contemporánea en edad, de una señora pobre y de escasísimos recursos, viuda ya había dos años y á quien su esposo al morir no pudo dejar por herencia sino una muy mezquina casa, del mas prosaico aspecto, en el peor y menos habitado barrio de estramuros. Su construccion grosera y casi campestre, su enteramente escaso y bajo puntal, y su vasta techumbre de paja con sus tapices de cujes y embarado, le daban cierto aire grotesco y sombrío, que no la asemejaba mal á las chozas rústicas que habitaron los primeros pobladores de la isla. Pero en cambio era de una esposicion fresca y agradable, azotada en todo el año por los vientos reinantes, y con un inmenso cercado en cuyo terreno crecian árboles corpulentos que nos regalaban con su sombra y sus frutos de bendicion á mi y á mis compañeros de infancia, que íbamos allí á solazarnos con nuestros juegos infantiles en las tardes de verano.

Mi señora, que compartia conmigo el cariño con que miraba á sus hijos, era demasiado buena y compasiva con la infancia para no permitirnos todos los entretenimientos propios de la edad; y nuestra vida por consiguiente nunca fué mas grata y apacible. Mis dos compañeros, aunque mas adelantados que yo en años, no me igualaban ni en fuerzas, ni en precocidad; y si bien me excedían á veces en travesura y en maldades, tenían que reclamar mi auxilio siempre que se trataba

de una empresa cuya ejecucion pidiese algun valor y atrevimiento. Yo era quien subía á los árboles para dividir con ellos la fruta apetecida; yo, quien solo y sin mas socorro que mi propia destreza, me precipitaba al cercado ajeno para traer de allí un rico y considerable botin; yo era, en fin, quien azuzaba los perros, reñía los gatos, perseguía las gallinas, y ponía siempre de mal humor á los vecinos.

Habituado desde temprano á esta especie de ejercicios gimnásticos, nadie lanzaba como yo una piedra tan ligero, ni con tanta seguridad; nadie tenia un ojo mas certero. Poderoso en la lucha y en el pujilato, pocos se libraban de mis golpes; cuando alguna vez me media con los de mas edad, muy fuertes habían de ser ellos para que escapasen sanos de mis garras. Nuestras continuas fechorías y el clamor universal de los vecinos llegó por fin á oídos de mi señora, á quien todos á la vez se quejaron, aunque en su extrema sencillez y muy ocupada en los cuidados de su propia subsistencia y la de su familia, nunca pudo concebir cómo unos niños eran capaces de suscitar contra sí semejante animosidad.

A poco tiempo después murió aquella pobre anciana, y el áspero é iracundo tutor, bajo cuyo amparo paternal dejó á sus hijos, bien sea porqué en efecto no pudiese sobrellevarnos, ó porqué en realidad necesitase de fondos para atender á las urgencias de sus pupilos; lo cierto es que muy pronto anunció el bárbaro proyecto de separarme de mis amos, que eran para mí antes que señores, los compañeros de mi infancia; tardando mucho menos en concebir que en ejecutar el fatal pensamiento.

Entre las varias personas que acudieron á la invitacion del tirano tutor de mis amos, la que mas se prendió de mí y se decidió al fin á comprarme, fué una señora ya de edad proveya, rica propietaria de esta plaza, que por haber perdido recientemente al paje que la servia desde su matrimonio, me juzgó á propósito para reemplazarle en el oficio. Mi agilidad, mi natural viveza, los pocos años que aun tenia, la inclinaron á mi favor: de manera que realizado el contrato, fui prontamente y como por encanto trasladado á mi nueva habitacion. Hallábase esta situada en una de las mas bellas calles de la ciudad, y el edificio estaba construido de modo que en nada

desmerecía del lugar en que se encontraba: era suntuoso y elegante, de una vista elevada y dominadora, sin que le faltase nada de cuanto podía decorarle ó embellecerle, segun el gusto y la arquitectura de aquel tiempo.

A mi entrada en la casa se me despojó inmediatamente de mis toscos vestidos, sustituyendo en su lugar otros mas decentes que correspondiesen al servicio para el cual se me destinaba y á la calidad de la persona á quien le hacia; y todos á la vez, la hija, el mayordomo, el portero y la inmensa servidumbre, abandonando por el pronto sus ocupaciones vinieron á festejar al feliz recién llegado. Me ví desde luego hecho el objeto de la curiosidad universal, y tuve que pasar por el martirio, sobre el que ya me causaba el ajustamiento de ropas á que no estaba acostumbrado, de sufrir una lluvia de preguntas necias é indiscretas, y el mucho mayor si cabe de prestarme á los agasajos de algunos de quienes yo no habría querido ni aun la mas ligera aproximacion. Tuve paciencia por entonces, y después he sabido frecuentemente convenirme de la suma necesidad de semejante aprendizaje en un mundo en donde si la naturaleza ha derramado sus dones con profusion, los hombres solo los recogen para sí mismos, y únicamente se comunican entre sí las miserias de la vida.

Gozaba yo tambien y me recreaba en medio de la abundancia que la opulenta fortuna de mi nueva señora hacia esparcir sobre cuantos la rodeaban. Era toda ella el fruto de las felices especulaciones y de las prudentes economías de su malogrado esposo, que en grata memoria de su union conyugal le habia dejado con una hija jóven y hermosa, como ella lo fué en sus primeros años, un cuantioso patrimonio y con él la perspectiva de una larga y perdurable felicidad. Entraba esta hija en su tercero lustro, y cierta de sus perfecciones personales, más enardecida de sus riquezas y de la especie de adoracion con que se la miraba, que persuadida de la necesidad de cultivar su razon y realzar con gracias adquiridas las que habia recibido de la naturaleza, ni aun acertaba á concebir que para una jóven pudiese haber otro mérito mas allá del de ser bella y opulenta. Contemplada de todos, mimada por su madre, esparcida en el mundo, hecha el objeto de la comun adulacion, su natural imperioso y altanero, y su tono dominante y alti-

vo, se elevaban á un punto tan alto de la escalá, que casi podía servir de contraveneno á su hermosura.

Entre la multitud de los que se disputaban la mano de tan bella y rica heredera, se distinguia por su intolerable fatuidad, un jóven vano, indiscreto y presuntuoso, eterno murmurador, que hablaba de sí con orgullo, y de los otros con desprecio: violento, transportado y ligero, de costumbres manchadas y de juicio é imaginacion muy libres; y sobre él se fijó la dudosa eleccion de la niña. Su madre hubiera querido inclinarla hácia otra parte; pero habia ya mucho tiempo que tenia perdido los derechos de mando sobre su hija; y un obstinado *yo lo quiero*, cerró del todo los labios de la señora; y no volvió á tratarse mas en la casa y por la ciudad sino de los suntuosos preparativos de la boda.

Yo fui uno de los muchos presentes que la madre hizo á su hija; y como mi edad se adelantaba y que ya me habia distinguido honoríficamente, ganándome las buenas gracias de mi señorita en mi calidad de postillon de amor, tuve por recompensa de este servicio la honra de ser constituido por su calesero inmediatamente después que se realizó su matrimonio. Bajo los auspicios de esta boda, hice yo mi estreno en el oficio,—y por cierto que el pobre Domingo recordaba con triste pesar la memoria de aquellos tiempos dichosos de su pasada juventud —Era imposible, me decia, estar mas orgulloso de lo que yo lo estaba con mi nueva distincion: no parecia sino que se hubiese realzado mi dignidad; y ya diese lustre á los arreos, ya arreglase el vistoso calesin, ó bien enjaezase el dorado frison, se notaba en mis actitudes y gestos cuán satisfecho me hallaba de mi mismo. Casi dividia la felicidad de mis dichosos amos, y cuando les sacaba al paseo, no se podía distinguir quien de nosotros iba mas ufano.

(Continuará.)

SECCION CUARTA.

POESIA.

A una rubia.

Rompe, oh lira apacible,
El canto conmovedor,
Y con tu célico ardor
Infúndeme inspiracion.

Virgen cándida de amor,
Bella imágen de ternura,
Escucha de un alma pura
La volcánica pasion.

Ella me da nueva vida
Que yo bebiera en tus ojos:
¡Oh virgen! no tus enojos
Me des en compensacion.

Cuando tierno te contemplo
A la luz de alguna estrella,
En tu faz hermosa y bella
Se alimenta mi querer:

Y un sublime pensamiento
Conmueve mi corazon,
Y una celeste ilusion
Ya me electriza, mujer.

Angel divino de gloria,
A quien tímido mirara,
Y en quien gustoso fijara
Mi eterna felicidad:

Tú á mis ojos apareces,
Como del alba el lucero
Que en la noche al marinero
Es luz de paz y verdad.

Escucha de un trovador
En fèrvida agitacion
El cantar de inspiracion,
Que inflamara tu hermosura.

«Yo te adoro: y un suspiro
De tu pecho anhelaria,
Que la acerba pena mia
Trocara en dulce ternura.»

F. de la Vega.

El hijo de maldicion.

Hallábanse los principes cristianos
En la conquista de la Santa Tierra,
Era Urbano segundo Papa en Roma,
Y de Jerusalem en las almenas
Por Godofredo el grande victoriosas
Tremolaban de Cristo las banderas.

Entre los adalides que adornaban
De rojas cruces sus invictas diestras,
Había un hombre sin patria, sin amigos,
Y aun sin divisa, al cual por su estrañeza
Tristán llamaban los cruzados todos,
Y los creyentes rayo de la guerra:

Con ninguno reía, á nadie hablaba;
Jamás viósele alzada la visera,
Y noche y día siempre su ancha espada
Pendiente estaba de una banda negra.

Entrar por los infieles batallones
Y cubrir de cadáveras la tierra,
Tan corta ejecucion era á su furia
Sobre su fuerte alfana oscura y presta,
Como tragarse el Niágara una hoja,
O trozar una palma la centella:
Infeliz del campeón que le aguardaba
Confiado en su valor ó su destreza.
Nada le aprovechaban cotas dobles,
Los yelmos de Damasco y las rodelas
Liadas en triple piel de cocodrilo
Que envejeció del Nilo en la ribera.

Todo está blando de su espada al corte,
Los duros troncos si los toca quiebra,
Y si las peñas con su punta alcanza,
Tambien saltan las puntas de las peñas.

No lleva cruz, y va con los cruzados,
No asiste al templo en las solemnes fiestas,
Ni de los fieles las victorias canta,
Ni en los torneos ni en las justas entra.

En tanto que descansan los soldados,
El de los otros sin cuidar se aleja.
Yendo á sentarse solo y pensativo
Cabe una lisa ensangrentada piedra,
El codo izquierdo en la rodilla apoya,
Cruza pausado las hercúleas piernas,
La espada empuña con la diestra mano,
Y descansa la barba en la siniestra.

Al notar los suspiros que le ahogan
Y su inmóvil mirar, dirá cualquiera,

Que en sus campos la sacra Palestina
Algun funesto acaso le recuerda.

Ya el ejército entero murmuraba
A este varon de incomprensible secta,
Hasta dar en oídos del patriarca,
Que con santa piedad á hablarle llega.

—¿Has recibido el agua del bautismo?

—Sí, venerado padre, le contesta,
Soy bautizado, y en la Santa Casa.

—¿Luego naciste de sus muros cerca?

—He nacido en Belén, mas me he proscripto:
Yo pequé contra Dios, soy una fiera.

—¡Ah! su misericordia no conoces,
La puedes alcanzar como interceda
La mujer fuerte de José, la esposa,
La que salvara tantos hijos de Eva:
Su santísima Madre....

—¡Callad hombre!

Ese terrible nombre me atormenta,
Para un crimen tan grande como el mío,
No hay perdón en el cielo ni en la tierra:

—Nada debe alcanzar de Dios quien todo
De su infinita caridad no espera:
Mas él vuelve sus ojos al proscripto,
Que arrepentido á su altares llega."

Estas voces animan su esperanza.
Es el trece de Agosto, y ambos quedan
Para avistarse entre tercero día,
De la Asunción en la sagrada fiesta.

Mujeres, niños, príncipes, soldados,
Muy mas piadosos que devotos vuelan,
Solo por ver entrar al templo santo
Un hombre que jamás pisó la iglesia.

Plácido.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

La Joven de la Flecha de Oro.

III.

Ve el sediento pajarillo
la fuente que se resbala,
y en vano latiendo el ala
canta y muere por beber:
llega el bruto, en la corriente
sumerge osado la planta,
del fondo el cieno levanta
y el agua enturbia sin sed.

R. PALMA.

¿Paulina deseaba saber el nombre del joven que en concepto de la mulata hubiera hecho en su obsequio el sacrificio de la vida,—porqué en efecto lo ignorase, por satisfacer una vana curiosidad, por tener algun consuelo en su desamor oyendo que mucho merecía, ó por pura vanidad femenil? Cualquiera de estos cuatro motivos, nos parece suficiente para explicar el ansia que entonces demostrara.

Sin embargo, en cuanto al primer motivo, ocurrenos decir, que no podía ella sin caer en la nota de vanidosa, suponer que fuese Jacobo el nombre que no tuvo tiempo la mulata de revelarles; porqué si bien es cierto que pocos como él habian llamado tan particularmente su atencion, ni que le hubiesen hecho tantas celebraciones, aunque pocas veces se vie-

ron; todavía la duda de que fuese otro, era bastante á atormentarla. Mas ¿qué le importaba semejante nombre? reflexionarán algunos. ¿Qué hacía al caso de su desgracia presente, la ciencia de que fué amada por este ó esotro individuo? Se aliviarían con saberlo sus acerbos males? De seguro que no. Pero ¡ay! para los corazones caídos en infelicidad, y señaladamente para los corazones de ciertas mujeres apasionadas, que se alimentan de puras quimeras, de vaporosas ilusiones, el saber que fueron amadas, es como sentir el amor,—y no hay cosa mas embelesadora, ni mas dulce, que un amor imaginado.

¿Qué hacer, demás de esto, en la soledad y ociosidad en que se encontraba aquel corazón de Paulina tan ardiente, á quien no satisfacía el oro, ni las galas, ni las esperanzas de mayores comodidades domésticas, únicos incentivos con que la rudeza del marido podía halagarle? amar, y amar en imaginación, que es camino derecho y breve para delirios y locuras. Y Paulina amó por reminiscencia. Las alegrías de su alma inocente, los pocos y puros goces de su corta y honesta mocedad, estaban intimamente ligados al recuerdo del jóven Jacobo. El le había abierto la puerta de las ilusiones romancescas, él la trajo al baile y á los estrepitosos placeres del mundo; y aunque la abandonó en el camino, ella siempre buscándole, y figurándose hallarle donde quiera que viese hombres, cayó en brazos de don Simon: á la manera del que por estrecho sendero y á oscuras va en seguimiento de una lucecilla que divisa á lo lejos y se le apaga de improviso, tropieza y se derriba en tierra.

Pero en este amor oculto, *espiritual* é inmenso, ella sentía que amaba, mas sin saber á quien: conocía que necesitaba su espíritu de este pasto para vivir, mas ignoraba que en efecto existiera en el mundo el hombre de su idea. Es probable que si tratase de encarnarle en cualquiera de los que había tratado, conocido ó visto, no hallase otro mas á propósito que Jacobo; pero en el momento de sentir la llama abrasarle el pecho, ni siquiera imaginó que le volvería á encontrar, cuanto mas que realizara sus pensamientos; ya por reconocerse ligada á otro hombre, ya porque ella solamente se creía la amante. Fácil, es verdad, le hubiera sido desengañarse de este error,

con la mulata, pues no deseaba otra cosa que descubrir el misterioso nombre. La circunstancia, empero, de ser la una ama, y la otra esclava, ponía entre ambas cierta reserva, encogimiento, que la mayor confianza no se atreve á traspasar sin adecuada ocasion. De lo cual resultó, que en algunos dias, ni la primera preguntase el nombre misterioso por no despertar mayores sospechas de las que su profunda tristeza despertaba, ni la segunda hallase coyuntura favorable para deslizarle en la conversacion; siendo así que entrambas á dos deseaban descubrirle.

Así se pasó algun tiempo entre dudas y temores, entre esperanzas y recelos. Mas como todo tiene su término, y como no hay nada oculto sobre la tierra, ni mal que dure cien años, segun dice el proverbio, la casualidad, ó la suerte quiso que una tarde, después de muchas que hacia que su familia no venia á verla, Paulina mandase á Anacleta estramuros de la ciudad á informarse del motivo. En ida y vuelta calculó que echaria dos horas escasas, tanto porqué la mulata era naturalmente andariega, cuanto que le encargó que no se tardase en parte alguna, pues quedaba con afan esperando el resultado.

Al salir por la escalera, Paulina le repitió de nuevo la órden de no detenerse; y poco satisfecha, al parecer, de que se le obedeciera á medida de su deseo, se asomó al balcon para ver como iba, siguiéndola gran trecho por la calle adelante. Cuando la hubo perdido de vista, al torcer una esquina, quedose con la mano en la mejilla, apoyado el codo en un ángulo de la baranda, observando las escenas que presentaban las calles de la Habana, llenas de gente, animales y carros, á aquella hora de la tarde.

La circunstancia de estar abiertos los balcones de la casa, que por su cerramiento parecia deshabitada, ó el ademan de Paulina, que muy rara vez se asomaba á ellos; sin duda que atrajo la atencion de la mayor parte de los transeuntes. Porqué unos á pié, otros en carruaje, otros á caballo, todos, que mas que menos, levantando la cabeza, al paso le dirigian miradas quier curiosas, quier investigadoras. ¿Podria ser una novedad para las costumbres de la Habaná, que una jóven se asomase á su balcon á las cinco de la tarde, ó antes? No. Porqué poblados los vemos de hermosas—á cualquiera hora y con

cualquier motivo. Claro es que la novedad estaba en su rostro, tenido de suave palidez por los pensamientos que allí le ocupaban, y en la postura de su cuerpo medio inclinado por el peso de la cabeza y el pecho, que sostenia en la baranda: como si una fuerza poderosa la arrastrara hacia fuera, y otras mas poderosa aun la sujetase en su encierro doméstico.

Aunque Paulina los miraba ir y venir en distintas direcciones, puede decirse que á derechas no los veía; puesto que su imaginacion volaba en pos de la mulata, que era muy probable le trajese alguna mala nueva de la familia, y acaso acaso alguna buena de otras personas conocidas que se topase por el camino. ¡Quién sabe! Dado que ella no podía salir, ni ver nada fuera de su casa, gustaba mucho y consolábase lo que es indecible, el oír los mil enredos, cuentos y noticias que siempre le traía Anacleto de la calle: como que no hubo vez que saliera, que no tuviese á su vuelta algo que contar. ¡Son por otra parte tan gratas las noticias del mundo para aquel que solo le vé por una reja!

Mas por mucho que su imaginacion no estuviese aparejada para oír y ver distintamente á los pasajeros, no pudo menos que fijar sus lánguidos ojos en un carruaje que iba á buen paso, con el fuelle caído y coronado con tres lindas muchachas, las que, segun la espresion de un poeta nuestro, «parecían tres candidas palomas en su nido.” Bien es, que estas, notando su distraccion, — pues no contestó ni con un movimiento de cabeza al saludo que le hicieron con el abanico, — la llamaron por su nombre, diciéndole ¡á Dios! y partiendo entonces el carruaje á gran galope. Conociólas al punto. Eran unas de aquellas amigas, que por primera vez se hallaron en un baile, que luego se volvieron á encontrar en el teatro, en los paseos públicos, en las tertulias, en las calles de la ciudad; y que dóquiera que se topan, no puede uno menos de abrazar con regocijo; porqué á ellas va asociado el melancólico recuerdo de los placeres, de la alegría, de los goces puros y sencillos, siempre dulces, de otra edad ó época mas feliz.

Y por supuesto tras de las amigas, pasaron en carruaje otras conocidas y no conocidas, en que fijó sus ya húmedos ojos, que sin pestañar tristemente seguían las veloces ruedas hasta perderlas de vista en el canton de la esquina, ó en el con-

fin de las angostas calles. Luego los alborotadores negros y negras con otras gentes que se cruzaban en todas direcciones, vendiendo, paseando, charlando y riendo, no fueron menos dignos de su atencion, excitada entonces mas que nunca por el sentimiento de su situacion presente, comparado con su mocedad que se fué en flor. Antojósele alli, que todos por la mayor parte, debian de estar alegres y contentos. Y llegó á tal punto con su devaneo, que se entretuvo en imaginar para cada uno de los paseantes una peregrina historia, una ocupacion, y un fin determinado al ir y venir continuo por las calles.

—No es posible, decia ella entre si, que aquel negro alto y membrudo, sin camisa, que va con *el tablero vacio*, ria y cante sin motivo. ¿No habrá vendido todas sus mercancías y sacado el jornal de su amo? Y la negra esa que se recoge la saya por delante para que no le impida el paso—¿quién me dirá ahora que no va á ver á su hijo ó su marido que sirve á otro señor? Y el jóven aquel de la levita verde, que parece que no mira donde pisa, ni á donde endereza sus pasos, ¿cómo es creíble que no vaya derecho á alguna reja en que quizás le aguarda impaciente su amante? Porque cuál es el hombre ó la mujer tan infeliz, que no tiene en el mundo quien le quiera? Cuál tan destituido de relaciones, que no tenga un pariente á quien visitar, un amigo á quien ver, y una amante á quien oír? Cuál tan necio, que se eche á vagar por las calles sin ton ni son? Quién me quita á mí que esas muchachas que ahora pasan en el quitrin, no van al paseo nuevo? y esas otras dos que llevan su madre á la derecha, al barrio de la Salud á dar vueltas por las esquinas? y la otra solitaria, tal vez casada, á esparcir el ánimo fuera de la ciudad y de su casa, donde mas se le antoje? Solamente yo no salgo de la mía, ni puedo ver á mi madre, ni conversar con otras personas que con mis criados, ni oír otra voz que la severa de mi marido, ni contar con otros gustos y placeres que con el rincón de mi cuarto y la aguja y las penas y las lágrimas. ¿Para esto me casé yo? Para el martirio cambié la habitacion de mis padres por la del esposo? Alguno se atreverá á decir que yo disfruto y que soy dichosa? ¡Ah! madre mía, papá mío; hermanas mías, si supieran ustedes cuál me trata el hombre que me pintaron como el modelo de los esposos! Dios no quiera que ustedes sepan lo que

es morir de sed y no tener agua con qué apagarla! Dios no quiera que ustedes esperimenten lo duro y lo insoportable que es vivir sujeta á la voluntad de un hombre que no se ama! Pueda que entonces tuvieran mas compasion de su pobre hija, y de su acongojada hermana!

En esto iba ella á separarse del balcon, para enjugarse las lágrimas que sin sentirlo hilo á hilo le corrían por las mejillas, cuando divisó á lo lejos á Anacleta, la cual, alegre por estremo, y flameándole un pañuelo blanco, á toda prisa se acercaba de vuelta de su comision. En teniéndola mas próxima, casi bajo de sus piés, corrió á la escalera para recibirla; pero á tiempo que subía por ella don Simon con mucha calma, y al verle, se quedó parada y fria; semejante á la niña que persiguiendo una mariposa entre la yerba tropieza con una culebra enroscada.

—¿Me aguardabas? le dijo él, de la manera mas tierna que supo. Y enlazándola por la cintura, suavemente la arrastró hasta el sofá, donde hizo que se le sentara junto.

—Si, te aguardaba, contestó ella, sin saber lo que se decía; porqué la turbacion, el rubor, y cierto disgusto interno del chasco que se había llevado, la querian ahogar.

—¿Qué es eso mujer? lágrimas? le preguntó á poco reparando en sus ojos húmedos y rojizos.

—Nada, nada. Yo no he llorado.

—Lo juraría. ¿Y la mulata?

—Por allá dentro creo que anda.

—Como no la veo contigo, te confieso que....

Parece que Anacleta no esperaba para subir, mas que preguntaran por ella; porqué antes de terminar don Simon la frase, se presentó en la puerta de la sala, trayendo aun la *manta* por la cabeza, y la cara llena de alegría: señal inequívoca de las muchas y buenas nuevas de que era portadora. Mas sucedióle del mismo modo que á su ama al ver á don Simon allí; con la diferencia de que en vez de estarse queda, continuar ó acercarse, dió media vuelta y se entró por los cuartos, con tal prisa, que si no es porqué la llaman á voces, no para hasta la cocina.

—¿De dónde bueno á estas horas, alhaja? le dijo Alegrías, presentándole la casaca que allí mismo se desnudara.

—De casa de la señora, contestó ella con la mayor serenidad. La niña me mandó para saber cómo se hallaba la familia. Todos estan buenos, y le mandan muchas memorias á su merced, y á la niña: que no han venido por acá, por las aguas; y dice el amo qué donde se refugia y esconde su merced que no se le vé en parte alguna.

—¿Y para qué en lugar de venir aquí á dar el recado, te entras allá dentro?

—Iba á soltar la manta; repuso mirando á su señorita de reojo, que estaba pálida y mustia, como un aguinaldo al medio día.

—Mienten mas que un mercader ama y esclava, prosiguió don Simon hablaudo consigo mismo. Todo es mentiras y embelecos. ¿Quién duda que he llegado en hora menguada para ellas? ¡Dios sabe qué lios traian entre manos! Pero disimulemos, hagamos el tonto y el necio, si hemos de descubrir la verdad en negocios en que intervienen mujeres.

En efecto, ama y criada, cada cual á su modo, y en su particular, había mentido. En cuanto á la primera, parece que no tenía gran necesidad de ello, porqué en haber enviado á la mulata fuera de casa, no había hecho cosa que mereciese la reprobacion del hombre mas severo; pero si se reflexiona que los celos y las asperidades del carácter del marido, habían malleado el fondo de candidez y sinceridad que existia en el corazon de Paulina; si se reflexiona, que su pecho limpio y puro en otro tiempo, por resultas de las contradicciones domésticas empezaba á teñirse de malicia;—se convendrá que en cierto modo, procedió cuerda y consecuentemente no diciéndole la verdad pura. Tambien es innegable, que era este el primer paso que daba ella hácia la hipocresía: ¡fatalidad de su destino! A los ojos de su propia conciencia no podia ocultársele que el viaje de la mulata había sido con dobles intenciones:—por eso la turbacion y el trastorno que experimentó á la llegada tan repentina de Alegrias, temiendo, como buena novicia en la carrera del disimulo, no le leyeran el alma en la frente.

Ahora, por lo que hace á Anaclea, adelante veremos porqué y en cuánto mintió; que lo que mas importa saber es lo que hizo don Simon. En su propósito de disimular, para descubrir la verdad, pues como buen celoso imaginaba bultos

donde no había ni sombras;—acercose á su mujer; tratola con agasajo y cariño, por cierto extraño en él, que se preciaba de duro con el sexo; hablóle del comercio, de sus esperanzas de mayores lucros, de nuevas especulaciones en que había empleado gruesas sumas, para enriquecerse ó empobrecer de una vez; concluyendo por un largo discurso, á manera de sermón, en que bárbaramente mezcló todos los estilos y todos los principios humanos, reducido á ponderar los bienes que traían á la sociedad conyugal las economías y honradez de la mujer casera y hacendosa, en contraposición de los males que ocasionaba por lo comun la *despilfarrada* (que este fué el calificativo de que se valió) y la callejera.

No sabemos decir si Paulina lo escuchó todo. En cuanto á la mulata, nos atrevemos á asegurar que no perdió una sílaba. Agazapada tras las romanas del balcón, y algunas veces observando por los listoncitos, para no perder ni los gestos, permaneció hasta el fin, es decir, hasta una parada ó descanso que hizo don Simon, que segun trazas llevaba la de no acabar en toda la noche. De cuya coyuntura se aprovechó ella al momento para presentarse por segunda vez en la sala, y preguntar á su señorita que si no cenaba.

—¡Hombre! á propósito de cena;—esclamó don Simon dándose una palmada en la cabeza, y cambiando enteramente de tono, como de fisonomía;—recuerdo ahora que he recibido una partida de salchichones, de lo mejor que se rellena en Vich. Mira (dirigiéndose á la mulata): anda y di á uno de los mozos que te dé un cuñete abierto.

A poco rato volvió Anacleta cargada con las salchichas que recibió en la escalera de manos del mozo, y las puso á los piés de su amo. Este suspendió una con los dedos,—por cierto bien rolliza, morenilla y embozada (permítaseme la frase) en una capa de salsa ó unto amarillento, que era lo que había que ver. Después de haberla olido y ponderado sus bondades, con huecas y saboreadas espresiones, capaz de resucitar un muerto,—acercola á la nariz de su mujer, que de pié le oía embozada,—á fin que confesara la verdad y exactitud de sus conocimientos gastronómicos. Sin embargo, Paulina, en vez de aprobarlos, como era natural, retiró con violencia la cara sin responderle; al mismo tiempo que Anacleta ocultaba la suya riendo.

— ¡Qué! ¿no os gusta? prosiguió Alegrías algo amostazado. ¿Qué sabéis vosotras de bueno? Pues este chorizo es de lo mas rico que viene de Cataluña. Y, voto á brios, que quien dijere lo contrario...!

— No es eso, hombre, no te impacientes; le atajó su mujer con dulzura. No ha sido mas sino que por dármele á oler me has llenado la nariz y los labios de manteca, y desvié la cara.

— ¡Ah! creí. Porqué iba á decirte que en tu vida has comido cosa mejor; como que espresamente para mi consumo diario los he hecho venir del mismo Vich. Pero no perdamos tiempo inútilmente. Vamos á lo de la cena, que importa; pues la noche está adecuada, he trabajado hoy mucho, y siento un canino apetito.

Dióle en consecuencia el cuñete á la mulata, con orden de decirle al cocinero que aderezase un salchichon, que sacase de la despensa una lata de sardinas, aceitunas sevillanas, vino, y lo demás necesario para una cena, si no espléndida, sabrosa al menos y apimentada. Al tiempo de ir ella á donde la mandaban, tirole con cautela del vestido á su señorita; la cual hizo ademán de seguirla, mas no pudo, por otro tiron algo mas recio que le dió Alegrías en sentido contrario.

— Iba á sacar de la despensa todo lo que has pedido para la cena, dijo con vez humilde.

— No es menester que vayas tú tambien: repuso el marido, procurando dar á sus palabras de mando todo el aire de una súplica. Comisiona para eso á la mulata, que está de ociosa casi siempre.

— Yo no sé cómo entenderte. Otras veces dices que no hago nada.

— Ya: pero cuando puede hacerlo la esclava, ¿qué necesidad hay de que se moleste el ama? Por otra parte, conozco que es preciso tener continuamente en accion á Anacleta, si hemos de conservarla en casa. Ella es de casta de holgazanes, y de gente levantisca. El día menos pensado se nos alza y revuelve el ható. Así, no me cansaré de repetirte que la ocupes, que no la dejes un momento ociosa; porqué los mulatos son de la condicion de los gatos, que no le tienen ley á sus amos, ni amor á su raza, conqué no te digo mas.

En estas y estas otras, dieron las nueve de la noche, y la

cena estuvo á punto, colocada en un aparador en mitad de la sala. Don Simon no añadió palabra mas; Paulina tampoco, y entrambos serios y silenciosos se sentaron al redor, el uno enfrente del otro. La mulata se situó detrás de la silla de su señorita, segun tenia de costumbre desde la casa de sus antiguos amos. El primero que hizo la salva como tal, como mayor en edad y como gloton, todo en una pieza, fué Alegrias; y luego después sirvió un plato á su mujer de lo que habia delante. Cuando llegó el caso de *remojar* lo comido, palabra de que él hizo uso con afectado tono, bajando un poco la cabeza, pues los rayos de la luz que habia en medio del aparador le encandilaban los ojos, advirtió sorprendido que Paulina no probaba bocado.

—¿Tú no cenas? le preguntó, presentándole con la mano izquierda un vaso, y con la derecha una botella en ademan de servirle vino.

—Ni bebo tampoco.

—¡Hombre! me gusta la ocurrencia. ¿Pues no he hecho el mejor hallazgo del mundo?—una mujer que no come ni bebe.

—Yo no sé de qué te admiras y espantas, porqué bien sabes tú que por rareza ceno, y que mucho menos bebo.

—Eso no puede ser de ninguna manera. Que no cenes otras veces, pase; ¡pero esta noche!... Yo no creo, aunque me lo juran frailes descalzos con un crucifijo, que nadie que se precie de cristiano le haga un desaire tan completo á las aceitunas de Sevilla y á las sardinas y salchichones de Vich. Esto es lo mejor que viene de mi tierra: porqué hasta estas sardinas que ves aquí tan bien empaquetaditas en su lata, no se aderezan en Nentas, ni en después, ni en ningun país de estranjis, sino en mi tierra. Y son tan esquisitas, que estoy seguro no las mejora nadie, nadie; ni los chinos, que se dice que son los hombres mas industrioses del mundo.

—Concedo todo lo que dices, Simon: me parece muy razonable, ¿pero qué quieres? Está probado que cuantas veces como esas cosas así apimentadas, de muchas especias ácras, tantas me hacen daño.

—Vamos, vamos, si digo yo que tú no sabes comer.

—Asi es.

—Ni beber.

—Tambien.

—Pues en mi tierra no hay mozo ni moza, por mas remilgada que sea, que no se eche al colete un azumbre de vino con cualquiera ocasion. A los chiquillos ¿con qué te parece que los destetan? Nada de migas, atoles, ni cosa semejante, no señor;—con vino, y del cascarrudo. Así sacan unas colores, que no desdicen del pimiento morro-de-vaca. Y no vosotras, que con vuestro café con leche y con vuestro arroz, y con vuestros plátanos, estais por lo comun aciguatadas y cual género de avería, que todo se vuelve manchas. Si Dios me dá vida y salud, puede que realice un viaje á mi pueblo, que haee mucho tiempo tengo imaginado. Allí verás gente rolliza y fresca, brotando salud por todas partes. Cada moza con unas carnes y unos puños, capaces de derribar un monte; y cada mozo como un trinquete, que no hay mas que pedir. Allí verás lo que se llama comer. ¡Una olla podrida!... un gaspacho!... unas chuletas!... Vamos, no quisiera ni acordarme.

Llena de hastio y por demás sofocada Paulina, de oir hablar tanto de comidas y vuelta con comidas, así como de los golpecitos en la espalda, que de cuando en cuando le daba Anacleta, con el fin de que se levantara sin duda para contarle algo, que sintió trastornársele la cabeza; y negose abiertamente á tomar nada. Mas por fin, parece que se le agotó la vena al gastrónomo panegirista, ó de tanto charlar, yantar y beber á un tiempo, le entró sueño; ello es, que cual luz de candelil que se acaba en humo, fué callándose poco á poco, hasta que se levantó, y punto menos que á gatas, apoyado en el brazo de Paulina, ganó la puerta del cuarto.

IV.

*¿Chi rende alla meschina
La sua felicità?*

¡Oh! y qué mal estaba Anacleta con estas cosas! Quedose, pues, mustia y sola en la sala, sin atinar á recoger los restos de la cena que habían dejado en el aparador, porque los ojos se le iban tras del ama, á quien al tiempo de levantarse, por

quinta vez le tiró del vestido, sin lograr que le hiciera caso. Cuando vió desaparecer su saya blanca por bajo de la cortina del cuarto, cruzose de brazos y casi montada en cólera, dijo:

—¡Vaya, que mi señorita es boba, y de remate!

Pero aun no había acabado de levantar el mantel, cuando la vió salir del cuarto en cuerpo de camisa, con el cabello revuelto en graciosos rizos, que le cubrían la espalda y parte del pecho, desatentada y con los brazos estendidos:

—¿Qué le ha dado, niña mia? —esclamó corriendo á su encuentro.

—Me siento el corazón oprimido, y deseo hallar un seno amigo en que desahogarle llorando; —contestó en voz que apenas se le apercibía.

Y colgándose al cuello de Anacleto, prorumpió en copioso llanto; y juntas, y abrazadas estrechamente cual madre é hija, fueron dando traspieses hasta el sofá, en que se derribaron.

—¿Y el señor don Simon? le preguntó la mulata, luego que la vió mas aliviada.

—Al fin se ha quedado dormido.

—¡Si él la viera así! sabe Dios qué pensaría! El, que es tan malicioso, y que de nada arma un calvario!

—Piense lo que quiera. Estoy aburrida. Mi familia tiene mucha culpa de lo que á mi me sucede. ¡Me ha echado en olvido, que es lo que mas me mata! Ni papá, ni mamá, ni Orosia, nadie se acuerda que yo existo, que no puedo salir á ninguna parte, que este hombre está cada vez mas impertinente y mas.... grosero conmigo. Pero tú no me has dicho qué motivos tienen para no venir á verme; pues el de las aguas, no me satisface.

—Su merced no ha querido oírme, que yo bastantes señas le hice.

—¿Cómo querías que me levantara del asiento, si ese hombre no me dejaba mover siquiera? No parece sino que te descubrió la seña, porqué desde que nos sentamos á cenar, reparé que sus ojos no se fijaban en parte alguna. Cuando entró de la calle, estuvo muy salamero conmigo; prueba de que traía alguna idea en la cabeza.

— Pues ha de saber la niña, que el verdadero motivo de no venir la señora por acá, ni la niña Orosia, ni la niña Carlota, ni la niña Gabriela, es porqué han sabido, yo no sé por donde que al señor don Simon no le gusta.

— Eso no es mas que un pretesto. Yo no creo que Simon....

— Dicen que él dice, le interrumpió Anacleta, que ellas no vienen acá mas que á sonsacar á su merced para llevarla á paseitos, y á retretas, y á teatros, y á todas partes en que hay bulla, reunion ó diversiones; que con esas cosas la distraen y la enseñan á malas mañas; que de ahí procede toda la tristeza y mal humor de la niña los dias que no la sacan á la calle; que á su merced la han criado muy mal....

— ¿Pero tú no ves que ese es un cuento pésimamente tejido, para indisponerme con mi esposo y mi familia?

— Y que es preciso que su merced se corrija, continuó la mulata sin detenerse, y cambie de método de vida, si ha de vivir en paz y en bien en su compañía. En fin, tantas cosas dicen que dice, que parecen increíbles en el señor don Simon.

— Por supuesto: increíbles: falsedades, calumnias que le levantan.... ¡Mas si fuese verdad...! Dios mio! qué pensamientos me ocurren! Si fuese verdad que él trataba de separarme de mi familia...! ¿Qué? No es posible. ¿Tú tambien no te figuras, Anacleta, que Alegrías no es capaz de una accion tan bárbara?

— La señora; sobre todo, prosiguió la mulata siempre en su tema, está bravísima. Dice que el día que le vea, le va á insultar, y que no vuelve mas acá. Y á estas horas, el amo no sabe nada; pues las niñas han procurado ocultárselo: así es que me dió muchas quejas de su merced y particularmente del señor don Simon; y me encargó que le dijera muchas cosas de su parte. Sin embargo, la niña Orosia parece que no da crédito á esas habladurias de la gente; porqué habiéndome llamado aparte, me preguntó por su merced, y que si en efecto eran ciertas todas las cosas que se contaban del señor don Simon.

— ¿Y tú qué le respondiste?

— La verdad. Que no había oído contar nada; que á la niña no le iba mal en su matrimonio; que estaba bastante contenta; y que el señor don Simon si no era muy cariñoso con la niña, al menos no era un tigre.

—Bien hecho. No sepa nunca mi familia por tu boca ni por la mía todo lo que sufro y todo lo que padezco; no lo sepa jamás, Anacleto. Las opiniones se dividirían al momento; unos á favorecerme, y otros á inculparme; de lo cual no resultaría otra cosa, que el empeoramiento de mis males y el trastorno y el disgusto de mi familia. Lleve yo sola la cruz hasta el Calvario: Dios está en el cielo para juzgarnos á todos.

—Pero para que vea su merced las cosas de este mundo. Cuando yo venía para acá, ahí por la alameda, junto de la pila de Neptuno y al pié de un árbol, me topé con un hombre de casaca, que estaba arrimado contra el tronco. Desde lejos reparé que no me quitaba los ojos; y aunque pasé cerca de él y me llamó dos ó tres veces, no le hice caso. Pero habiéndome alcanzado, me detuvo por la manga. Volví la cara.... ¿Quién se figura la niña que era? El niño Jacobo.

—¡Jacobo! repitió Paulina maquinalmente en medio de su asombro. Y al eco de este nombre sonoro, que acaso el ama y la criada pronunciaban á un tiempo por segunda vez en la vida, como al golpe de la vara del mágico, vivas, reales, se agolparon á su espíritu conmovido las variadas escenas de su alegre soltería. El baile, la música, el tumulto de jóvenes danzantes; el teatro con sus palcos llenos de damas y caballeros, en que resplandecían las sedas y las piedras preciosas; las filas interminables de carros y hombres en el paseo; la iglesia con sus cirios y lámparas alumbrando un sin número de mujeres arrodilladas; todos los lugares, en fin, en que saludó con el abanico ó el pañuelo á un amigo, en que abrazó á una amiga, en que se abrieron sus labios para sonreír, ó espresar el gozo que inundaba su corazón. Apoyó el codo en el respaldo del sofá, sobre la mano la sien, y en aquella especie de triste abandono en que pintan á Eloisa cuando al recibo de una carta de Abelardo apura en su memoria el recuerdo de días mas dichosos,—clavó los ojos en la mulata con grave silencio, como si las palabras que iba á escuchar de sus labios, le demandasen lágrimas de antemano.

—Si señor, el mismo niño Jacobo: prosiguió Anacleto. Yo casi no le conocía. Las patillas, la melena caída, la palidez de su cara y su flaqueza, pues está bien flaco, le han puesto tal que no es ni la sombra del niño Jacobo de ahora seis meses ó siete.

—¿«Ya no me conoces? me preguntó.»

—«Demasiado que le conozco, le respondi: lo que tiene que no le habia visto bien.»

—«¿Dónde bueno á estas horas?»

—«De casa del señor don Prudencio.»

—«Y la niña Paulina ¿qué tal?»

—«Buena.»

—¿Qué tiene él que preguntar por mí? le interrumpió ella.

—Ahora verá su merced: continuó la mulata. —«Buena: le respondi.»

—«No, eso no te pregunto, me dijo él, sino qué tal le va en su nuevo estado.»

—¿«Cómo quiere su merced que le vaya? muy bien.»

—«No seas mentirosa, añadió mudando de tono. No es nuevo para mí los esfuerzos que tú y tu ama hacen para persuadir á la gente que es dichosa, que su marido es un santo, que no podía haber hecho eleccion mejor. Pero á mí no me engañan. Yo sé tanto como tú todo lo que hoy dia sucede en esa casa. Sé que su marido la oprime, que no la deja ni asomarse al balcon, y que ella se pasa los dias y las noches llorando.»

—¿«Por dónde ha sabido su merced tantas cosas? no pude menos de preguntarle azorada.»

—«Por el calesero que hace como un mes que don Simon vendió. El ha propagado por toda la ciudad los malos tratos que ese hombre dá á la niña.»

—Yo me quedé boba.

—¿Lo ves? He ahí el conducto por donde mi familia se ha impuesto de lo que pasa y de lo que no pasa. Nunca está uno libre del indiscreto hablador, que creyendo hacernos un beneficio, espone nuestras flaquezas y miserias por plazas y calles.

—En vano intenté desmentir al calesero. El niño Jacobo no solo no me creyó, sino que me dijo:

—«Aun suponiendo que lo que cuenta el calesero fuera mentira, ¿lo será tambien el que tu ama no va al teatro, ni al paseo, ni á casa de su madre, ni siquiera á misa? Será mentira que ella no visita á nadie, porque no la visiten á ella?»

—Y aqui me contó, niña, desde el pe-a-pá todo, lo mismo que yo acababa de oir en casa de la señora.

Viendo Anacleto entonces el interés y aparente serenidad

con que Paulina le escuchaba, resuelta á todo como por acaso, en breves razones le refirió la ardiente pasion de Jacobo; el verdadero motivo de sacarla al balcon viviendo en la alameda de Paula, aquella mañanita de febrero; la conversacion que en seguida tuvo con él, cuando estaban almorzando; las instancias que le hizo para que se declarara en una carta, y su firme negativa por temor de un desaire; sus sospechas de que al fin se le hubiese declarado la noche del baile en la Habanera, corroboradas con la pérdida de la *flecha de oro*, que todos, por la mayor parte, hacían en poder del jóven, en calidad de prenda de amor, y la inquietud é imaginaciones que ella trajo de la diversion.

Entonces fué cuando se abrieron de par en par á los ojos de la espantada jóven, las puertas de un mundo que no habia visto jamás, pero en el que soñara muchas veces. Entonces descubrió patentes las causas que movieron á su familia para precipitar su matrimonio; el sentido terrible que encerraban las palabras de su madre, que para mas persuadirla, se valió de una comparacion entre el *rico* Alegrias y el *pobre* Jacobo; el apoyo que le prestaron las hermanas, opinando de un mismo modo con respecto á la eleccion de marido; y en consecuencia, reconociéndose la infeliz victima de aquella farsa doméstica, representada á su juicio con la mayor sinceridad, se entregó á todo el dolor del arrepentimiento, y á toda la ira de la venganza. Pero ¡ay! arrepentimiento tardio, venganza impotente! La incauta paloma habia caido en la red, sus alas se las habian cortado, y ya no podia volar.

—«Pero bien, le dije yo al niño Jacobo (continuó la mulata atando el hilo roto de su anterior diálogo con el jóven), porqué mi niña no pasea, ni va á ninguna parte, ¿ya se atreve su merced á asegurar que no es feliz en su matrimonio? Quién sabe si ella no desea otras diversiones que los quehaceres de su casa, ni otras visitas que las de su marido?»

—«Yo lo sé, replicó muy serio. ¿Qué género de simpatia puede despertar en el corazon de tu ama, jóven, delicada y sensible, un hombre que á la vejez de su edad, reúne un carácter iracundo, groseros modales y falta de toda educacion? Solamente en las almas vanas y egoistas cabrá la idea de que es posible la felicidad sin el amor, que basta el oro para gozar y vivir»

¿De qué, si no, le sirven á tu ama el hermoso almacén y las onzas que sepulta en cajas Alegrías, si no le es permitido disponer de un queso, ni hacerse un *túnico* de seda, ni asomarse al balcón á ver las gentes que pasean por las calles? Si, me afirmo en lo que digo: Paulina no es feliz, ni es posible que lo sea jamás al lado de ese hombre. Y en parte le está bien empleado: tal castigo deberían llevar todas las mujeres que venden su corazón al vil interés."

—¡Oh! créame su merced que ya estaba escandalizada; y no quise oírle más. Así, le dije, que era un falso cuando se producía de aquella manera contra la niña; que desde allí consideraba por mentira y engaño todo lo que antes me había asegurado de su amor á su merced; y que me hiciera el favor de no hablarme en su vida, ni acordarse del santo del nombre de su merced, ni del mío tampoco; tanto porque su merced era ya una señora casada, cuanto porque creía que la agravaba con aquellas malas palabras.—Con esto me despedí de él, y no hizo por detenerme. Cuando me alejé un poco, volví la cara, y le vi estregándose los ojos en un pañuelo blanco: quizás lloraba. Y para que vea su merced, me entró una lástima y una congoja, que tuve intenciones de volver y consolarle; pues tal vez él no quiso ofenderla á su merced, sino desahogar su pecho conmigo, que estaba bien impuesta de todo lo que había hecho por significar su amor á la niña.

Los sollozos y los gemidos de Paulina advirtieron á la mulata de que era tiempo de mudar el asunto de la conversacion, pues despedazaba sus entrañas. Entonces reunió á las caricias, á los mimos, á las pláticas festivas, á los recuerdos de la infancia y á los días en que ambas habían bebido juntas un torrente de delicias viendo la puesta del sol tras los vidrios de una ventana, ó la salida de la luna por entre sombrías nubes, ó el organista que vagueaba por las calles y plazas tocando alegres danzas y voluptuosos valeses. Pero en vano. La vena de Anacleto se agotó en expedientes para distraer al ama, y esta continuó llorando con amargura. Y por ser algo tarde de la noche, cuanto por sentirse ruido en el aposento de don Simón, tuvieron ellas que separarse.

— ¡Dios mío! decía entre sí Paulina yendo para su lecho. Si el único hombre que yo esperaba que me hiciera justicia y me

compadeciera, es el primero á condenarme, ¿qué debo esperar de los demás?

V.

No hay mujer, Celio, en rigor;
que aunque se muestre ofendida
le pese de ser querida.

CALDERON.

No muchos días después de este pasaje, publicaron los *Diarios* de la ciudad una poesia con el titulo de: — *El corazon comprado*; en la cual Paulina, á no poder mas, vió una amarga sátira, envuelta en sentidas quejas y duras reconvenciones por su casamiento con un hombre que no amaba, ni era creíble que amase en su vida. El titulo solo de la composicion poética era suficiente para inquietarla; eso mas, que desde la noche de las revelaciones de su esclava, se figuraba en cada hombre de cierta edad y parecer, un acusador severo é implacable; en cada muchacha risueña y contenta, una invectiva contra su matrimonio, regado de lágrimas y gemidos desde las aras.

Copiaremos algunas estrofas en que el poeta parece que descarga todo el enojo de su corazon, revestidas con muy ricas galas de poesia, y la música de unos versos tan sonoros, como las aguas que corren de los rios por entre las quiebras de las peñas en medio del monte.

1.^a

Tú la de la casa abierta,
la del zaguán enlosado,
la del balcón labreado,
la del quitrín á la puerta.

Tú que con alma tan yerta
te enlazaste en un mal día
á un viejo, fantasma fría,
como sobre un *seboruco*
cercada de un vil bejuco
se ostenta una peonía.

2.^a

¡Qué gran disparate hiciste!
qué mal lo reflexionaste!
Tanta vanidad sacaste,
que por ella te perdiste.

Tú por amor no te uniste
en tu abril con ese invierno:
era tu delirio eterno
echarte el quitrin que rueda,
romper *túnicos* de seda,
comprar cada mes un terno.

5.^a

¿Piensas que no eres esclava?
tanto como son, á fé,
la que te abrocha el corsé,
la que te aplancha y te lava?
¿Y tu ilusion no se acaba
mirando cuanto se trueca
ese que de necio peca,
pues cubriéndote de gala
te ha colocado en su sala
como una linda muñeca?

4.^a

Y como con tu hermesura
y tus elegantes modos
contrasta á vista de todos
su faz de caricatura:

Celosamente procura
tenerte en casa sujeta;
y llamándote coqueta,
ni pasea, ni visita,
ni cuando el calor irrita
te lleva á ver la retreta.

3.^a

¡Ay! En las noches que son
de luna, y que con cautela

permite tu centinela
 que te asomes al balcon;
 ¡Cuánta será tu afliccion
 quando tus miradas vean
 otras niñas que pasean,
 y en regocijada tropa
 van á las tiendas de ropa,
 ó por las calles vaguean!

6.^a

¡Ah! Pero el rasgo mas nuevo
 de tu helada indiferencia,
 fué estando en correspondencia
 con un gallardo mancebo;
 Presa del dorado cebo,
 esquivarle á sus visitas
 y devolverle infinitas
 de sus cartas desdichadas
 con el corazon pensadas,
 con el corazon escritas.

Aquí entran las recovenciones y cargos del poeta, y aquí comienza á apartarse de la verdad en cuanto á Paulina, quien desde el principio vió, segun hemos dicho anteriormente, su retrato en los versos, y en el autor de ellos á Jacobo. Falso era que este le hubiese escrito, como de que ella se esquivara á sus visitas, cuando desde que le conocia no le habló mas de dos ocasiones, y eso en los bailes. De modo, que por lo tocante á estos particulares, cabían sus dudas. Sin embargo, ¿no es creible que el poeta para mejor embozarse, y para hacer que recayese mayor odiosidad sobre la mujer que se decía, supusiera que amaba á otro cuando se casó? Ella al menos lo pensaba así. A no haberle contado la mulata la conversacion que tuvo con él en la alameda de estramuros dias atrás, tal vez no sospechara del autor, ni los versos le excitaran la curiosidad, pero existía una coincidencia tan clara entre las opiniones de Jacobo, y cada palabra de la composicion, que era preciso ser ciego para no verla, y sin alma para no sentirla.

Ya en el terreno de las suposiciones, prosigue el poeta

pintando las tristezas y pesares que afligen al desairado manco; teme que se suicide, ó se le vuelva el juicio en fuerza de su pasión, por lo que le aconseja que piense en otra mujer mas casta y pura, que sepa amarle; y volviendo á su anterior tema, la culpa sin embozo de negociar su corazón y vender sus caricias al dinero.

Al llegar aquí, se le cayó el papel de las manos, temblábale el pecho, tenía el rostro pálido, los ojos clavados en el suelo y sin brillo, los labios descoloridos y convulsos; quería hablar, y la voz se le anudaba en la garganta; por fin, dijo:—miente! y después se sintió mas aliviada.

Y yendo y viniendo del escaparate para su cama, ora corriendo y descorriendo las cortinas de esta, ora abriendo y cerrando las hojas de aquel, en medio de tal delirio, murmuraba entre si estas palabras:

—¡Yo, negociar mi corazón! Yo que tengo padres ricos, que tanto me quieren y me chillan tanto! ¿Yo buscar lujo ni comodidades fuera de mi casa? Para gozar y vivir como la primera de la Habana, ¿qué necesidad tenía del marido que me han dado? Así se calumnia y se difama á una pobre mujer, que á nadie ofende, que nadie vé en la calle, ni en ningún mal paso? Por ventura, el casarme con hombre de cierta edad y riqueza, basta para calificarme de vana y presumida, sin averiguar porqué lo hice y en qué situación me hallé. Todas las mujeres tampoco al casarse, llevaron este ó aquel fin determinado? Porqué se casó mi madre? porqué mi abuela? yo porqué me casé? Sabría decirlo si me lo preguntaran? Soñando fui al altar, soñando sali de él, y soñando estuviera ahora, si los malos hombres no se tomaran el trabajo de despertarme. ¿Qué, ni el retiro, ni las lágrimas, ni la vida ejemplar que llevo, me salvarán de las lenguas maldicientes? Cuál es mi culpa, Dios mío? Abandonada de mi familia, mal mirada del hombre que se ha encargado de mi vida, ¿qué faltaba á mi desdicha sino la calumnia? Es posible que las gentes no vean otra cosa que ambición, egoísmo, vanidad y cuanto malo hay en mi enlace? Cómo yo, no se casan muchas, muchísimas en la Habana? ¡Ah, Jacobo! Si pudieras oírmel Si yo pudiera hablaste!—¿Y porqué nó? dijo de repente, deteniéndose en mitad del cuarto como inspirada. ¿Qué tiene de particular que

yo te hable, y que tú me hables? En el teatro, en un baile, en una tertulia, en cualquier paraje donde nos encontráramos cara á cara, como no fuese á solas:—no por mí, que nada temo, sino por la gente.... ¿Pero qué es lo que digo? Puedo yo disponer de mí? Me permitirán alguna vez salir de mi casa? Me dejaría Simon volver á un baile, al teatro...? Tendrás ánimo tampoco para hablarme tú, Jacobo, que públicamente me calumnias y no tienes empacho de llamarme vanidosa, egoísta, llena de ambicion y falsedades?—Sí, yo conseguiré que me hables, y que me confieses cubierto de vergüenza que te has equivocado, ó pierdo el nombre que tengo.

A semejanza de la brújula, que en cualquier sentido en que la coloquen, siempre al norte se inclina, así parece que el destino bueno ó malo de estas dos criaturas, tendía de continuo á reunirlos, y á que se buscara el uno al otro. Las mujeres de todas las épocas y de todos los países, tendrán mas supersticiones que verdaderas creencias, serán mas aptas para el entusiasmo que para el exámen y el raciocinio: de aquí procede el que sean tan fáciles de embaucar y sorprender; y el medio mas adecuado, el que tocan los hombres de mundo, es la adivinacion de su secreto. Como decimos una cosa, decimos la otra. No hay mujer por sencilla, maliciosa, cuerda ó poco discreta que se la suponga, que no guarde algun secreto en el pecho; que el tiempo, las desgracias, ó los goces no hayan escrito alguna historia en su corazon. Pues bien, esta historia ó este secreto, que aparta por decirlo así á la mujer jóven, en cierta época de la vida, del tumulto mundanal,—no será del padre, ni de la madre ni de la hermana,—pues nuestras costumbres lo quieren así,—sino del primer hombre que llega, se lo adivina, y la sorprende. Por otra parte, el comprenderse dos almas, á nuestro entender no es otra cosa que la adivinacion ó el conocimiento intuitivo, misterioso, que hace una alma del modo de ser en el mundo moral de la otra. Por eso, cuando acontece tal caso como este que decimos, no nos causan admiracion los prodigios de amor.

Paulina, demás de esa particularidad que hemos supuesto comun á su sexo, tenía la de ser muy reservada, y de un amor propio acaso excesivo. Convencida de que sin afectos de ningun linaje habia entrado en el matrimonio, y que en

vez ep engendrárselo su marido, tenía especial estudio en apagarlos al nacer, cerrose su corazon á la esperanza, no solo de una felicidad, sino de una tranquilidad doméstica. Jacobo casi instintivamente, y del modo mas sencillo y honesto que imaginarse puede, se hizo dueño de este secreto, que reveló á la mulata, segun apuntamos anteriormente: ved ahí el medio de dominar y atraer á sí á quien le llevaba en el seno.

Aun suponiendo, por otra parte, que el autor de los versos fuese el mismo Jacobo (que eso está por averiguar), todavía no eran bastante tales reconvenciones y verdades, para que ella se ofendiera y pusiera mala cara. A través de todo ello, cuando bien se examinase, traslucíase el móvil oculto, siempre poético y sublime, que sacara tanta amargura del corazon á los labios del poeta: esto es,—el amor. Y desde luego, era de esperarse (como sucedió), que las injurias se trocasen en celozas frases, las sátiras en quejas, y las malas palabras en delirios de la mente: que tales trastornos y cambios suele obrar la pasion en sujetos enamorados.

Firme, pues, Paulina en el propósito de ver y hablar á Jacobo, se le ofreció ocasion de molde en la llegada á la Habana del principe de Joinville, que andaba viajando. Bien notorio fué el alboroto que causó en la ciudad, la cual en tropel acudió á los muelles para ver el buque donde venia; pues es sabido que él desembarcó, como si dijéramos, disfrazado, en traje de marino; siendo así que el pueblo le esperaba en el de Principe. Tambien es sabido que en el corto tiempo que aquí estuvo, tanto los grandes como los pequeños, el gobierno como las corporaciones, los teatros como las sociedades de filarmonía, todos se afanaron por rodearle, festejarle y patentizarle de mil maneras, no ya la estima, sino la novedad que su origen real ocasionaba en estas tierras, tras el océano situadas.

La que señaladamente nombran aquí Sociedad Filarmónica, oyendo su pronta partida, de prisa y mal, armó un baile con que obsequiarle. Súpolo Paulina, como lo supo la Habana y Cuba toda: acordose que las dos veces que había hablado con Jacobo había sido en los bailes, é imaginando encontrarle en el que iban á dar al Principe, hizo la resolucion de concurrir. ¿Pero como persuadir á su marido que la llevara? Suplicárselo era despertar sospechas, significárselo de otro

qualquier modo, andarle con disimulos ajenos del carácter y amor propio de Paulina. ¿De qué valdrian tampoco las indicaciones, ni las súplicas con un hombre que tan mal estaba con todo linaje de reunion ó diversion; que no iba á la ópera, ni á la comedia, ni al paseo, ni á misa, segun decia, por no cargar con su mujer; pero á la verdad, porqué esta no viera, ni fuese vista? Tal hombre como este, decimos, era preciso tomarle en hora muy propicia para que consintiera en llevar su cara mitad á un baile, cual al que decian que iban á dar al Principe.

En medio de sus dudas y meditaciones, empero, ocurriósele mandar por su hermana Orosia, aun sin saber qué haria con ella, ni de qué podia servirle su mediacion para con el marido. Escribió un papelito, dióselo á la mulata, encargándole que de camino se pasase por la tienda de la *Reserva*, y le dijese al mercader que le enviara con un mozo todos los rasos labrados que para vestido de señora tuviera.

Ciertamente que Anacleto no dió el recado á sordo, ni á cojo, porqué al cuarto de hora, ó poco mas, cate usted al mozo de la *Reserva* que sin ella entraba por la sala adelante, con un gran lio debajo del brazo y una vara de medir por baston. Pero es el cuento, que acertó á estar alli Alegrías, el que viéndole entrarse tan ufano, le preguntó de muy mala manera, qué se le ofrecia.

—La señora me ha mandado venir, para ver estos rasos:—respondió el mozo, haciéndose el desentendido, al mismo tiempo que depositaba y descubria el envoltorio encima de una mesa que encontró cerca.

—Sí, sí, yo le he mandado venir, dijo Paulina saliendo improvisamente del cuarto. Y se acercó á la mesa, ganosa de examinar los géneros.